



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



FACULTAD DE HUMANIDADES

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

TESIS:

ALBERT CAMUS: SÍSIFO, ENTRE EL ABSURDO Y EL SUICIDIO

QUE PARA OBTENER EL TITULO EN:

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

VICTOR HUGO HERNÁNDEZ GARDUÑO

ASESOR DE TESIS:

LIC. ADRIÁN ISAAC ROJAS PÉREZ

TOLUCA, ESTADO DE MÉXICO, 2016

DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS.

A la vida... Porque no es el destino, sino el viaje lo que importa.

A mi Madre Victoria Garduño: símbolo de esfuerzo, perseverancia y coraje, por su apoyo incondicional, consejos y aliento. Porque ella ha sido el soporte principal en mi vida, mi gran ejemplo de superación y ganas de seguir adelante, aún en la distancia.

Te amo mamá.

A mis Hermanos:

Santiago: por haber sido la pieza fundamental en mi adolescencia, por haberte tomado el tiempo de sentarte a platicar conmigo y explicarme el mundo; eres pieza de suma importancia en la construcción del hombre en el que me convertí.

Marisol: por haberme apoyado en momentos críticos en la economía de mis estudios; ¡fue un maravilloso concierto!

Ivonne: por haber promovido mi sentido crítico por la vida, haberme alentado a crecer y apoyarme en el último año de licenciatura.

Israel: por haber sido mi compañero en la vida, hubo una época en la que fui feliz y esa fue a tu lado, cuando éramos niños y compartíamos cada minuto de nuestras vidas, los juegos, las peleas, nuestras platicas nocturnas que se alargaban hasta bien entrada la madrugada en nuestra adolescencia temprana.

Los Quiero.

A mi Padre Julián Hernández: por haber sido el principal deseo de superarme, de convertirme en algo mejor; por haberme dado razones para convertirme en hombre, por esa necesidad imperiosa de obtener tu reconocimiento, admiración y orgullo.

Gracias Papá.

Agradezco cordialmente al Lic. Adrian Isaac Rojas Pérez, por su apoyo y retroalimentación, por su tiempo y ayuda.

Agradezco de igual manera a mis sínodos: Robert Stingl y A. Octavio Valdés, por su paciente revisión y oportunas sugerencias para mejorar mi trabajo.

A la Universidad Autónoma del Estado de México, por haberme dado la oportunidad de tener una carrera profesional y crecer como ser humano.

A Michelle Andrea Escamilla, por llegar en el momento indicado, por el color que le has dado a mis días, por alentarme a salir adelante, por las profundas emociones, alegrías e indescriptibles días a tu lado.

Te Amo.

Índice

Introducción.....	1
Capítulo 1 <u>El mito de Sísifo: La aparición de la inseguridad en el ser del hombre</u>	
1.1 La pregunta por el valor de la vida.....	6
1.2 Entre la reflexión y el suicidio.....	9
1.3 Sobre el fundamento de la existencia y el periodo de posguerra.....	13
1.4 La inversión de términos y la lógica ante el suicidio.....	22
Capítulo2 <u>El Extranjero: El absurdo encarnado.</u>	
2.1 Sobre Meursault.....	33
2.2 No jugar la partida.....	39
2.3 La amenaza para la tradición occidental.....	49
Capítulo 3 <u>Meursault y el malentendido.</u>	
3.1 Elegir un gran acto.....	60
3.2 La condena social.....	69
3.3 Sobre <i>El malentendido</i>	76
Conclusiones.....	86
Bibliografía.....	93

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo es un intento por mostrar y analizar parte de la filosofía de Albert Camus a partir de conceptos claves en su obra como son *el absurdo* y *la angustia* así como su posterior relación con los temas de *la elección*, *el suicidio*, *la muerte* y, finalmente, *la existencia*. Se trata de tópicos que marcaron a toda una generación de pensadores pertenecientes a aquel periodo histórico conocido como “post-guerra” –ambiente que continuó después de los hechos ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial– y que resaltaron la importancia del cuestionamiento hacia la cotidianidad, hacia las seguridades otorgadas por la tradición y la aparente estabilidad de la vida, un tiempo donde sobresalía una especie de desencanto respecto a ideas tales como el bien, el progreso y el bienestar, conceptos que anteriormente podían tratarse sin mucha dificultad pero que en ese momento fueron el centro de atención de la reflexión social.

Nacido en el año de 1913 en Argelia, Camus es considerado como uno de los principales exponentes del *existencialismo*, una corriente filosófica que se caracterizó por resaltar en todo momento el rol protagónico del individuo, la gran importancia de la toma de decisiones –incluso aquellas que en un primer acercamiento parecerían insignificantes– y las repercusiones de las mismas en los demás. En este sentido es pertinente comentar que la redacción de las siguientes páginas se llevó a cabo mediante la consulta no sólo de textos de tipo filosófico sino también literario, todo esto apoyado en referencias extraídas de diversas puestas en escena también elaboradas por nuestro autor, lo cual representa un gran apoyo para quienes lo aborden debido sobre todo a las diversas situaciones que plantea, mismas que le permiten mostrar múltiples perspectivas acerca de un mismo tema, lo que a postre ayuda a comprender en mejor forma el trato que tiene acerca de la vida cotidiana. Precisamente este es el punto de partida de su pensamiento: un buen día un sujeto toma una decisión porque ha considerado que su forma de apreciar la vida no puede considerarse como estable ni segura.

Se trata de mostrar que el juicio respecto al valor de la vida es el tópico principal en la Filosofía y que sólo después de ser atendido es como vendrán las demás cuestiones, que de igual forma debe ser abordado lo frágil que resultan los postulados que dirigen la vida de los hombres, así mismo que los ademanes que se consideran como obligados frente a ciertas situaciones o escenarios en realidad son fáciles de hacer a un lado, el peso de “los otros” en nuestras vidas no es definitivo, que la duda frente a las tradiciones siempre ha estado presente y que el análisis de éstas es necesario en todo momento así como la elaboración de una propuesta frente a todas estas situaciones. Esto es lo que a continuación se presenta mediante la referencia a Camus y parte de su obra, análisis que mediante el **CAPÍTULO I El mito de Sísifo: La aparición de la inseguridad en el ser del hombre** comienza. En este primer espacio se muestra que sólo existe un problema verdaderamente serio en Filosofía: “¿vale o no la pena vivir?”. Siguiendo al autor de *El mito de Sísifo*, únicamente después de la respuesta que se conceda a esta interrogante “todo lo demás” sigue. Se trata no sólo de la cuestión central en la reflexión, sino también de un gesto personal e intransferible de los hombres. Es aquí donde aparece el término *absurdo*.

El tema del suicidio es realmente una valoración respecto a la vida. Quienes responden que sí vale la pena vivir no se detienen en estos puntos y continúan. Pero si se declara que “No” y se continúa viviendo, se demuestra que muy pocos han colocado su pensamiento y su vida en un mismo nivel. Esto implica una seria reflexión, como se comenta en este primer capítulo, pero de igual forma bastan pequeños acontecimientos (la pérdida de un ser querido, la pérdida de todo lo material, de la comodidad o simplemente pensar) para comenzar a “estar minado”. Los ejemplos son diversos, pero se decidió emplear la obra de teatro *El malentendido* para ofrecer al lector uno de tantos escenarios donde estos elementos se pueden presentar, teniendo en claro desde este momento que dentro del *existencialismo* hablar de “eventos probables” es similar a hablar de “eventos reales”. Por último, el tema del *fundamento de la existencia* también adquiere relevancia en este capítulo y se muestran diversos aspectos al respecto.

El **CAPÍTULO II** lleva por título **EL EXTRANJERO: EL ABSURDO ENCARNADO**.

Mediante este espacio y haciendo referencia a la obra literaria más conocida de Albert Camus, es decir, *El extranjero*, se presenta al personaje de Meursault, un trabajador promedio en alguna oficina de un lugar cercano a una playa de Argel. Su vida es sencilla y compuesta –como comúnmente ocurre– de costumbres que paulatinamente le han otorgado comodidad y algo similar a la estabilidad debido a que, al parecer, ha dejado de tomar decisiones. Paradójicamente su relato y su estilo de vida discreto se ven interrumpidos por un acontecimiento que para la mayoría de las personas “divide en dos” sus vidas: la muerte de su madre. Mediante el análisis de este libro se muestra que bastan acontecimientos cotidianos y una breve pero significativa postura frente a ellos para dudar de toda la tradición occidental. Así mismo, que basta un pequeño detalle o una simple negación para ser considerados como extraños ante los ojos de los demás cuando se nos ofrece “algo” por cortesía: ver a nuestra madre por última vez, no llorar, no guardar luto, etc.

A esta posición frente la vida se le designa como “no jugar la partida”, haciendo referencia no sólo al comportamiento de Meursault, sino a todo aquel quien no protagonice los modales, ademanes, acciones establecidas o costumbres designadas por la tradición. Esto no sólo representa extrañeza ni sorpresa en quien rodea a quien tiene esta posición, sino que también representa una amenaza a lo establecida porque, como se ve a través del análisis de *El extranjero*, se demuestra que “es posible vivir de otro modo”, lejos de lo establecido por los convenios. También se demuestra con todo esto que no es necesario encarnar los ademanes para vivir entre los hombres. Mediante la referencia a algunos comentaristas de Camus se muestra que el personaje descrito no se preocupa por las consecuencias de sus actos porque ha tenido acceso a la verdad de la existencia: no tiene justificación, sino que es absurda. Él es quien encarna el absurdo de la propia existencia no mediante discursos o enseñanzas específicas, sino únicamente a través de su comportamiento.

El **CAPÍTULO III** se titula **Meursault y *El malentendido***. En este espacio se unen diversos elementos mostrados anteriormente para hacerlos más comprensibles al lector y, al mismo tiempo, reafirmar diversos puntos de vista del filósofo que se ha elegido para el presente texto. Remitiendo a algunos otros autores se muestran elementos propios de la filosofía existencialista así como diversos análisis respecto al propio Camus, retomando además ejemplos de las obras de teatro *Calígula* y *El malentendido*, sobre todo para ejemplificar aquello que en el primer capítulo ya se había designado de una forma clara pero desde otra perspectiva: “la lógica ante el suicido”.

También se muestra aquello que se ha definido como “un gran acto”. Se trata de una acción que literalmente “rompe” con lo establecido en un ámbito específico. Mediante la continuación del relato de Meursault se pretende hacer comprensible al lector la posición ante la vida por parte del personaje: la muerte de su madre no dependió de él, al menos en primera instancia, por lo cual no debe preocuparse ni inmutarse; análogamente, el sol que le quema el rostro mediante su estancia en la playa –a pesar de molestarle sobremanera– no puede reducir su intensidad a pesar de que lo deseé con todas sus fuerzas. Pero lo que sí depende de él es decir “No” cuando se le ofrece abrir el féretro para poder ver por última vez a su madre así como disparar a un árabe con el cual había tenido problemas tanto él como sus amigos. De igual manera, siendo condenado por la muerte de este último hombre, Meursault decide no hacerse de los servicios del Capellán que va a visitarlo momentos previos a su ejecución. Al igual que Calígula en su obra homónima, se muestra que el trabajador huérfano ha elegido un acto y ambos personajes han matado a más hombres. Muestran la fragilidad de la vida, lo insignificante que resultan los convenios establecidos y respetados por los hombres bajo el mote de “tradicición”. Los valores son puestos en duda porque ambos sujetos –se puede incluir en esta lista a la anciana de la obra *El malentendido* sin problema– han elegido lo que en determinado momento les permitía sentirse bien consigo mismo antes que con los demás.

Si bien el tipo de sujeto mostrado por Camus se encuentra encerrado en sí mismo, sus actos “detonan” consecuencias sociales que al mismo tiempo muestran fácilmente lo frágil de la vida, de las normas y de lo establecido. Como puede apreciar el lector, mediante las siguientes páginas se trata de mostrar los principales conceptos de la filosofía de Albert Camus pero, del mismo modo, fortaleciendo su trato mediante situaciones específicas mostradas a través de su producción literaria. Este hecho es a su vez complementado con referencias a obras de teatro con la única intención de fortalecer el análisis de los temas mostrados. Es obvia la referencia y la mención a autores que se encuentran relacionados –ya sea por el tiempo o por los diversos temas mostrados– con el autor principal que funge como guía para el presente texto, los cuales aportan importantes puntos en los diversos espacios que conforman la redacción de las siguientes páginas.

Es importante mencionar que a pesar del esfuerzo por analizar en la mejor forma posible los conceptos que se consideran más relevantes en Camus, en ningún momento se pretende dar una palabra definitiva respecto a ellos. Esto se debe específicamente al hecho de que la Filosofía –rama del saber desde la cual se posiciona este trabajo– es un campo donde la permanente reflexión es el pilar básico de lo que se escribe y de lo que se lee. Por tal motivo el apartado de **CONCLUSIONES** permite al lector seguir reflexionando antes que mostrarle puntos que podrían considerarse como realmente finales. Sin más preámbulo, a continuación se muestra el resultado de lecturas y reflexiones realizadas sobre Albert Camus.

CAPÍTULO 1

El mito del Sísifo:

La aparición de la inseguridad en el ser del hombre

1.1 La pregunta por el valor de la vida

Abordar a un autor desde la Filosofía implica reconocer las características más sobresalientes de su obra, los temas que analiza así como los términos que emplea para expresarse elige para transmitir sus reflexiones. Referirse al caso de Albert Camus es también hacer referencia a temas tales como *la vida*, *la muerte*, *el suicidio* y *la angustia*, pero de igual manera considerar la palabra *absurdo* como un término que se repite incesantemente a lo largo de su obra –en algunas ocasiones de forma explícita como en el caso del texto *El mito de Sísifo*, pero también de manera implícita en puestas en escena tales como *El malentendido*– para finalmente tomar en cuenta la variedad en el estilo propio del autor nacido en Argel. Se menciona lo anterior porque de igual forma elabora un texto filosófico como también se expresa a través de puestas en escena y novelas de corte literario.

Sin embargo, a pesar de la gran riqueza de su estilo, para la elaboración del siguiente trabajo se considera como base la producción filosófica del autor aunque apoyada en argumentos extraídos de obras de estilo diferente, esto con la intención de encontrar la continuidad de la reflexión en Camus y, por supuesto, identificar los múltiples ejemplos que propone a través de su producción teniendo como base una forma específica de pensar que se ha caracterizado, como en la mayoría de los filósofos, por analizar detenidamente postulados tradicionales considerados como sólidos. Esta es propiamente la tarea de la Filosofía: desconfiar acerca del fundamento de los argumentos que parecen estables y alejados de cualquier duda para otras disciplinas o ramas del saber con el único fin de llevar a cabo su valoración.

La obra filosófica más relevante de Albert Camus es el *Mito de Sísifo*, espacio donde a través de la valoración del sentido de la vida realiza una valoración de Occidente. De forma inmediata y directa Camus comienza su escrito por medio de una reflexión sumamente seria: *No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la vida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación.*¹ Como es posible de apreciar, se presenta un cuestionamiento que para su autor puede ser entendido como la pregunta filosófica por excelencia debido a que sólo a partir de su respuesta se derivará la posibilidad de responder a todos los demás cuestionamientos que se desee. Por tanto, referirse a la interrogante de si vale o no la pena vivir es mencionar la pregunta fundamental que todo hombre debe hacerse, al menos desde la perspectiva de Albert Camus. Se trata del cuestionamiento que precede a todas las demás dudas, mismas que sólo se refieren a lo que Camus nombra como “juegos”:

Se trata de juegos; primeramente hay que responder. Y si es cierto, como quiere Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esta respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que deben profundizarse a fin de hacerlas claras para el espíritu.²

Quizá se piense que no es posible resumir la atención de la Filosofía tal como pretende Albert Camus, es decir, centrarse primero en un único punto, la pregunta que interroga por el valor que posee la vida. Pero esto lo realiza porque frente a esta postura todas las demás inquietudes que pueden mermar el ánimo de los hombres pasan a segundo plano. El pensador francés responde lo siguiente al respecto: *Si me pregunto para qué voy a juzgar si tal pregunta es más apremiante que tal otra, responde que pone en juego los actos. Nunca vi a nadie morir por el argumento ontológico.*³

¹ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1957, p 13.

² *Idem.*

³ *Idem.*

Mediante lo anterior no sólo se está colocando sobre tela de análisis al pensamiento occidental, sino incluso a la propia Filosofía con base en una interrogante, misma que ha sido catalogada como fundamental: “¿vale o no la pena vivir?”. Incluso se debe insistir en que toda reflexión sobre cualquier tema, toda interrogante sobre cualquier problema o situación sólo debe aparecer una vez que dicha pregunta ha sido respondida.

Galileo, quien defendía una verdad científica importante, la abjuró con la mayor facilidad del mundo cuando puso su vida en peligro. En cierto sentido, hizo bien. Aquella verdad no valía la hoguera. Es profundamente indiferente quién gira alrededor del otro, si la tierra o el sol. Para decirlo todo, es una cuestión baladí. En cambio, veo que muchas personas mueren porque estiman que la vida no vale la pena de que se la viva.⁴

En este momento es sencillo reconocer que existe una relación entre la vida personal y las ideas que se generan en ella. El caso de Galileo resulta pertinente para entender la postura de Camus: existen ideas que a pesar de ser importantes incluso para la ciencia no valen la pena de sacrificar la vida por ellas. Pero la situación se torna diferente cuando se recuerda que también existen personas que terminan suicidándose por fomentar o defender una postura: *Veo a otras, que, paradójicamente, se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón para vivir (lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir).*⁵ Esto último llama la atención del autor al grado de argumentar lo siguiente: *que el sentido de la vida es la pregunta más apremiante. ¿Cómo contestarla? Con respecto a todos los problemas esenciales, y considero como tales a los que ponen en peligro la vida o a las que duplican el ansia de vivir, no hay probablemente sino dos métodos de pensamiento: el de Pero Grullo y el de Don Quijote.*⁶

Como se ve, frente a la duda respecto al valor de la vida sólo se tienen dos respuestas: responder en forma obvia y seguir viviendo sin inquietud alguna o responder negando que existe un sentido para vivir y que todos quienes rodean a

⁴ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 13.

⁵ *Ibidem*, p. 14.

⁶ *Idem*.

aquel que defiende este veredicto lo vean, por decir un término, como desquiciado por contradecir precisamente lo obvio.

1.2 Entre la reflexión y el suicidio

El apartado anterior finalizó refiriéndose a que cuestionarse respecto a si vale o no la pena vivir en realidad tiene dos respuestas: la obvia, la cual cuando menos la gente cuerda entendería; o bien, aquella que contradeciría lo cotidiano, arrojando al individuo a la incertidumbre. Es obvio el camino que Albert Camus desea explorar, pero lo hace advirtiendo desde un principio que hará a un lado los grandes esfuerzos que la tradición occidental ha elaborado previamente para explicar todos y cada uno de los temas que a través del tiempo se han presentado al hombre, incluido el valor de la vida:

El equilibrio de evidencia y lirismo es lo único que puede permitirnos asentir al mismo tiempo a la emoción y a la claridad. Se concibe que en un tema a la vez tan humilde y tan cargado de patetismo, la dialéctica sabia y clásica deba ceder el lugar, por lo tanto, a una actitud espiritual más modesta que procede a la vez del buen sentido y de la simpatía.⁷

El trato elaborado por el autor respecto al valor de la vida es en realidad un intento por enfrentarse a una temática que en buena medida siempre ha estado presente durante la reflexión filosófica, pero que al mismo tiempo ha sido menospreciada porque se ha elegido el camino de Pero Grullo para darle respuesta, según el propio Camus. Esto resulta comprensible sobre todo porque a través de la historia el ser humano opta por los caminos cómodos, aquellos que no le exigen un esfuerzo o simplemente acepta lo que sale a su paso, es decir, la cotidianidad acompañada de una postura pasiva.

Estos elementos en gran parte han contribuido a hacer de él un ser alejado de la reflexión y de la tentación de explorar otros caminos, de hacerse nuevas interrogantes y de dudar de aquello que le parece obvio. En este sentido, la interrogante respecto a si vale o no la pena vivir en realidad es sólo la antesala a

⁷ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 14.

cuestionamientos que para nada son un juego –empleando terminología mostrada en *El mito de Sísifo*–; al contrario, se trata de argumentaciones que definen en forma seria el actuar de los sujetos que se han atrevido a contemplar esta perspectiva de la realidad, una que toma distancia de la lógica.

Todo lo anterior significa que se debe hacer un replanteamiento respecto a la vida y su valor así como de la propia muerte, haciendo de lado no sólo los prejuicios que giran en torno a dichas temática –tales como que la gente que aborda estos tópicos en realidad pierde el tiempo, así como la idea de que basta referirse a la lógica para acabar con cualquier inquietud frente al valor de la propia vida–, sino reconociendo que es necesario esta labor. Esto se plasma en *El mito de Sísifo* porque su estructura se convertirá en un análisis profundo y minucioso que se referirá al hombre en concreto que un buen día termina suicidándose, situación que en sí misma aborda a la vida y a la muerte.

Nunca se ha tratado del suicidio sino como de un fenómeno social. Por lo contrario, aquí se trata, para comenzar, de la relación entre el pensamiento individual y el suicidio. Un acto como este se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El hombre mismo lo ignora. Una noche dispara o se sumerge.⁸

En este momento la pregunta ya no sólo es “¿vale o no la pena vivir?”, sino que ahora cambia a “¿por qué un hombre ha considerado que no vale la pena vivir?”. Se ha argumentado que Albert Camus trata el tema del valor de la vida y de su relación con el suicidio mediante la referencia al hombre concreto, es decir, particular, aquel que sí se puede ver de frente a comparación de aquella palabra vacía llamada “sociedad”, por lo cual el autor de *El extranjero* otorga unas pistas que ayudan a contemplar su postura al respecto: el hombre decide terminar su vida simplemente porque se ha puesto a pensar y, como se decía anteriormente, ha decidido explorar terrenos donde la mayoría no accede porque la cotidianidad les parece más cómoda. Pero estos caminos no son algo externo al ser humano; al contrario, están en su interior, son él mismo:

⁸ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 14.

De un gerente de inmuebles que se había matado me dijeron un día que había perdido a su hija hacía cinco años y que esa desgracia le había cambiado mucho, le había “minado”. No se puede desear una palabra más exacta. Comenzar a pensar es comenzar a ser minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano se halla en el corazón del hombre y hay que buscarlo en él.⁹

La cita anterior parece sumamente significativa para la comprensión de la obra de Camus por dos razones: primera, deja en claro que la decisión de suicidarse es meramente personal y que los demás sujetos poco o nada tienen que ver con quien decide terminar con su vida en un momento determinado;¹⁰ segunda, durante la parte medular de su puesta en escena *El malentendido* Camus muestra a un personaje que al igual que el gerente de la cita anterior toma la decisión de terminar con su vida al momento de perder a su hijo, aunque la situación es diferente. Se trata de una anciana que después de dar muerte a su propio hijo –quien regresa después de veinte años a su hogar y que es asesinado simplemente porque no ha sido reconocido y también debido a que no se ha identificado adecuadamente con sus familiares– como parte de “su trabajo” que es en realidad administrar un hotel de paso, situación que ha permitido enmascarar una serie de asesinatos que ha llevado a cabo con la firme idea de que contribuyan a darle un gran alivio tanto a ella como a su otra hija en sus últimos años, esto a través del dinero y pertenencias que quitan a los cadáveres.

A continuación se muestra parte del diálogo entre la anciana y la hija llevado a cabo una vez que ambas han visto el pasaporte del asesinado y reconocen al familiar.

En ese momento se encuentran discutiendo debido a que han matado a un hijo y a un hermano respectivamente sólo porque éste no había seguido la costumbre, la

⁹ *Idem.*

¹⁰ Es evidente e imposible de negar que existen situaciones donde un hombre puede ser rehén de un grupo criminal y es obligado a aventarse de un piso de un edificio, a beber veneno o a pertenecer en ciertas situaciones que terminarán con su vida, pero el presente escrito se encuentra orientado en otra dirección: considerar que el “hombre” que se menciona se encuentra en una situación, si bien no cómoda, sí llevadera aunque –siguiendo el ejemplo del gerente de inmuebles– con algunos rasgos cotidianos como la pérdida de un ser cercano.

lógica, lo obvio, es decir, identificarse adecuadamente una vez que llegó a su hogar y, por lo tanto, fue identificado como “un viajero más” que pasaba por el lugar, que se hospedaba en el hotel y que debía ser asesinado sin contemplación ni distinción alguna porque eso es, “uno más”, paradójicamente el que debía ser el último de los casos de asesinatos. Como se verá, la lógica poco tiene que ver porque ambas están ubicadas en un camino donde la razón ha quedado eclipsada y, sin embargo, se trata de algo que puede ocurrir y que en realidad ocurre en la realidad, un asesinato.

MARTA. – ¡Lea!

LA MADRE (*desde dentro*). – ¿Qué quieres ahora?

MARTA. – Venga.

(LA MADRE *entra*. MARTA *le da el pasaporte*.)

MARTA. – ¡Lea!

LA MADRE. – Bien sabes que tengo la vista cansada.

MARTA. – ¡Lea!

(LA MADRE *toma el pasaporte, se sienta cerca de una mesa, abre el pasaporte y lee. Mira largo rato las páginas que tiene delante*.)

LA MADRE (*con voz neutra*). – Bueno, bien sabía que yo que alguna vez pasaría esto y que entonces habría que terminar.

MARTA (*se planta delante del mostrador*). – ¡Madre!

LA MADRE (*en el mismo tono*). – Deja, Marta, que ya he vivido bastante. He vivido mucho más tiempo que mi hijo. Eso no está dentro de lo natural. Ahora puedo ir a reunirme con él al fondo del río donde las hierbas ya le cubren el rostro.

MARTA. – ¡Madre! No me dejará usted sola, ¿verdad?¹¹

Se puede ver de forma inmediata –retomando lo expuesto en *El mito de Sísifo*, siguiendo la postura presentada– que cualquier padre de familia que pierde a un hijo tendría motivos suficientes para declarar en un único acto que no vale la pena vivir porque el orden natural –ese al que se ha acostumbrado y al cual se refiere el presente texto cuando declara que “las cosas se salen de control”– no se guarda cuando la muerte de los descendientes ocurre antes que la de los padres. Sin lugar a dudas se trata no sólo de un ejemplo, sino de una situación y, sobre todo, de una vivencia sumamente cotidiana, común, una que sin dificultad puede encontrarse al lado de cualquiera, a unos cuantos metros, al frente o detrás

¹¹ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1997, p. 42.

de quien sea, incluso podría ser nuestro el caso del lector de estas líneas.¹² Sin embargo, esta postura no es propia de Camus. Él únicamente presenta las situaciones que suceden alrededor del ser humano, brinda comentarios al respecto y pretende llevar a cabo un análisis, lo cual le permite mostrar más caminos que deben explorarse si es que se pretende entender la importancia de aquello a lo cual se ha referido como “la pregunta fundamental”: “¿vale o no la pena vivir?”.

1.3 Sobre el fundamento de la existencia y el periodo de posguerra

La cuestión de si vale o no la pena vivir no es sencilla debido a que presenta diversas vertientes. *Pero si es difícil fijar el instante preciso, el paso sutil en que el espíritu ha apostado en favor de la muerte, es más fácil extraer del acto mismo las consecuencias que supone. Matarse, en cierto sentido, y como en el melodrama, es confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se comprende ésta.*¹³ En este momento es cuando se pensará que efectivamente sólo existen dos respuestas: “sí vale la pena” y “no vale la pena”. Si es el caso de la primera, “las cosas siguen en su lugar y nada cambia”, mientras que sí se opta por la segunda “todo termina”, lo que orientaría a pensar más en los motivos que logran que una persona siga viviendo, lo que incluso llevaría a preguntar por el fundamento no sólo de su vida, sino de la vida en general. En este sentido aparece una nueva interrogante filosófica: “¿cuál es el fundamento de la existencia?” Para poder abordar esta pregunta es necesario considerar en primer lugar al menos una definición del término “fundamento”. A continuación se muestra un argumento importante al respecto: *¿Qué significa hablar del «fundamento» de algo? El fundamento o, como prefiere decirse, por ejemplo, los cimientos de un edificio son el muro subterráneo sobre el que ésta ha sido levantado.*¹⁴

¹² En el **CAPÍTULO III** se retoman estos temas para abordarlos a través de algunos otros que se presentarán en los siguientes puntos, tales como *la caída del fundamento y el absurdo*.

¹³ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 15.

¹⁴ PRINI, PIETRO, *Historia del Existencialismo*, p. 14.

Entonces, uno podría interesarse por “aquello” que hace sustentable a la vida y, si se retoman los argumentos anteriores, se puede decir que algunos de ellos son los designios naturales tales como contemplar que los hijos vivan más que sus padres. Esto genera seguridad y, como consecuencia directa, una base sólida para vivir porque se tienen explicaciones respecto al cuidado de los hijos o su prioridad frente a desastres naturales o accidentes. Se ha mostrado que unir la reflexión al hecho de ver morir a los hijos así como ser tratado mal por los semejantes son situaciones que juntas pueden orillar a un hombre a suicidarse, por lo cual al parecer existe una constante, misma que de atenderse ayudaría a que las personas no decidan terminar con su vida.

En realidad no se trata más que señalar que los distintos procesos en los cuales el hombre se encuentra inmerso durante la vida poseen cierta regularidad. Pero esta frecuencia (también conocida como continuidad, lógica, ciclo o periodo) con la cual se presentan no es propia, sino que se les ha implantado como fruto de observaciones y de explicaciones subjetivas. Sin embargo, al mismo tiempo dichas situaciones permiten acceder a una especie de consideración del mundo donde la seguridad fomenta la tranquilidad, lo que a su vez permite hacer “más llevadera” a la propia vida. *Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre.*¹⁵ Al respecto es necesario considerar que posiblemente la más grande de todas las costumbres difundidas en el denominado Mundo Occidental sea la existencia de un ser denominado como Dios. Se trata de una entidad que en buena medida otorga sustento a los diversos procesos que el ser humano considera como estables.

¹⁵ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 15.

A esto se referían las páginas anteriores cuando, citando al autor de *El extranjero*, se consideraba que *lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir*.¹⁶

Efectivamente, la idea de Dios permite soportar los dolores de la vida –se habla no sólo respecto a la pérdida de hijos, sino de padres, seres queridos, traiciones, grandes pérdidas materiales, salud, etc.–, es la “esfera de protección” que ya también se comentó, por lo cual si desaparece, nada serviría de fundamento para la vida.

La cuestión central en todas estas observaciones es que Camus se encuentra ubicado en la tradición filosófica dentro del Existencialismo Ateo, es decir, una doctrina filosófica posterior a la Segunda Guerra Mundial caracterizada no sólo por el dolor social de la época, sino también por la desconfianza frente a la tradición moral. Como es de esperarse, dicha tendencia posee rasgos característicos que marcan una clara diferencia frente a otras propuestas. La más característica –como su nombre lo indica– es que se niega la existencia de una entidad denominada como Dios. A continuación se muestra la definición que de este tipo de existencialismo hace Jean Paul Sartre, contemporáneo y amigo muy cercano en su momento de Albert Camus:

El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana. [...] Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla. El hombre es el único que no sólo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como se concibe después de la existencia, como se quiere después de este impulso hacia la existencia, el hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Este es el primer principio del existencialismo.¹⁷

¹⁶ *Ibidem*, p. 14.

¹⁷ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ediciones del 80, Argentina, 1982, p. 15.

Se debe dejar en claro que al momento de hacer a un lado la figura de Dios, lo que estos autores han hecho es colocar el peso de la responsabilidad del hombre en él mismo, no como un capricho pasajero, sino como la verdad de la existencia. En otras palabras, han proclamado la caída del fundamento, situación que implica la eliminación de cualquier dato que pudiera servir de consuelo o explicación para todo lo que sucede en el mundo.

Frente a esta postura, análogamente respecto a la cuestión de si vale o no la pena vivir, también sólo existen dos respuestas. Al lector del presente texto no debe parecerle extraño que tales situaciones tengan las mismas respuestas, debido a que se habrá dado cuenta que en realidad se encuentra frente al mismo punto sólo que visto desde un ángulo distinto: si se declara que Dios no existe, entonces tampoco existe nada que consuele al hombre frente a la interrogante de si vale o no la pena vivir. En todo caso el tema del suicidio continúa presente porque, como ya se ha demostrado, todo se resume en si se debe o no vivir aunque, en realidad, podríamos aumentar la cuestión para que se establezca de la siguiente manera: “¿vale o no la pena vivir en un mundo sin Dios?”. Aunque en realidad la idea de Dios deja de tener importancia cuando se contemplan todos los puntos mostrados anteriormente. De esta manera la reflexión sobre el suicidio continúa apareciendo como opción cuando aquello a lo cual que estamos acostumbrados desaparece. De esta manera el Existencialismo Ateo aparece no sólo como una negación de la figura de Dios, sino como una preocupación real acerca de un periodo histórico que de manera directa y descomunal le recordó al hombre concreto su fragilidad, que le mostró hasta el cansancio lo inútil que resultaba sólo detenerse a esperar que las cosas se solucionaran por sí mismas. El periodo de guerra y –obviamente– el de posguerra mostraron al hombre que no existen principios absolutos que le brinden seguridad definitiva y que únicamente las acciones concretas son aquellas que realmente cuentan. No los deseos, anhelos o esperanzas, sino únicamente los hechos. Proyectar el ser del hombre en sus actos es sinónimo de hacerlo responsable de sí mismo en su finitud, fuera de toda instrucción general de vida.

Porque queremos decir que el hombre empieza por existir, es decir, que empieza por ser algo que se lanza hacia un porvenir, y que es consciente de proyectarse hacia el porvenir. El hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor; nada existe previamente a este proyecto; nada hay en el cielo inteligible, y el hombre será ante todo lo que habrá proyectado ser. No lo que querrá ser.¹⁸

Hacer responsable al hombre de sí mismo, tomar la dirección de su propia vida sin importar designios divinos o tradicionales, reconocer que los deseos –por muy grandes que sean– no interfieren en su modo de vida y colocar énfasis en su proyecto de vida únicamente por medio de hechos logrados son rasgos de este tipo de existencialismo, pero además esto también significa que el hombre se encuentra en el *nihilismo* porque no cuenta con instrucciones de vida a-priori que lo orienten de una vez y para siempre.

Los puntos de vista comunes a los filósofos de la existencia pueden indicarse, en líneas muy generales, como sigue:

1) Rechazo de la identificación de la realidad con un único principio. 2) Rechazo de la identificación entre la realidad y la racionalidad. 3) El centralismo de la existencia como modo de ser de ese ente finito que es el hombre. 4) La trascendencia del ser al que la existencia dice relación. 5) La categoría del posible como modo de ser y horizonte de inteligibilidad para la existencia humana en cuanto finita.¹⁹

Para Camus el mundo en realidad no posee una regularidad y todo ha sido una ilusión cuando creía conocerlo. Ahora, como consecuencia directa del periodo de posguerra, también se trata de reconocer que a la vida del hombre se le había creado una especie de esfera de protección frente a todo lo que lo dañaba, le hacía sufrir y contradecía sus deseos, pero que ya no tiene caso continuar con este camino porque la realidad ha sobrepasado todo rezo, todo consuelo, toda buena intención. De esta manera se habla de la caída del fundamento, tema que permite enlazar sin problema alguno al autor de *El extranjero* con el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, sobre todo si se considera que dicha situación se trataría de una especie de “despertar” donde el ser humano se

¹⁸ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, p. 16.

¹⁹ PIETRO, CHIODI, *El pensamiento existencialista*, UTEHA, México, 1980, p. 2.

designa a sí mismo como alejado de cualquier tipo de salvación, alejado de cualquier consuelo o seguridad para vivir porque el dolor, el hambre, la muerte de niños, mujeres, ancianos y hombres a gran escala han hecho que el fundamento cayera: *la caída del fundamento fue anunciada por primera vez como «la muerte de Dios» por el loco de La Gaya Ciencia,*²⁰ lo que nos remite a la argumentación nietzscheana respecto a la falta de seguridad en la vida de los hombres. En este sentido es pertinente mencionar que el término “Dios” en Nietzsche no se limita únicamente a referirse a una entidad propiamente religiosa, sino a la suma total de toda la metafísica, de todo consuelo que se ha elaborado a través de la historia no sólo de Occidente, sino de la humanidad para otorgarle seguridad al hombre frente a los designios del mundo, una especie de explicación única para todo acontecimiento. “Dios”, resumen de la ciencia, de la moral, resumen final de todas las religiones, tradiciones, convencionalismos, esperanza, solidaridad incuestionable, lealtad, promesas y del bienestar. Sin nada de esto –sin fundamento– el hombre cae en el *nihilismo*, es decir, cae en la nada.

El Loco.- ¿No oísteis hablar de aquel loco que en pleno día corría por la plaza pública con una linterna encendida, gritando sin cesar “¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!”? [...] ¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Le hemos muerto vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero, ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte?²¹

Considerar de un modo distinto la relación entre el hombre y su vida, relación que al presentar acontecimientos que no se desean experimentar ni siquiera como probables (accidentes, malestares, discusiones, malos entendidos, pérdidas económicas considerables, altercados, guerras, etc.) merman el ánimo de los hombres, tal como sucedió realmente a escala global durante y al final de la Segunda Guerra Mundial, acontecimiento en medio del cual Camus se encontraba como parte de la resistencia francesa. En este sentido, la religión es presentada una vez más sólo como un consuelo frente a aquello que llamaríamos “lo trágico” –un acontecimiento no deseado pero que ocurre–,

²⁰ PRINI, PIETRO, *Historia del Existencialismo*, p. 14.

²¹ NIEZTSCHKE, FRIEDRICH, *La gaya ciencia*, Editorial, Colombia, 1995, p. 145.

además de ser también una especie de protección para que no suceda lo que no se desea. Se trataría de una especie “ordenador” de la existencia al cual se tendría únicamente que referir cuando las circunstancias así lo requieran. Pero, como ya también se ha argumentado páginas atrás, esto se debe en parte a que se han impuesto regularidades subjetivas en la realidad, no porque las cuestiones religiosas poseen valor en sí mismas, al menos desde la óptica de los autores que se han comentado hasta ahora, incluido Camus.

De este modo la religión entra sin problema alguno junto con otras explicaciones del mundo –como son la ciencia y la moral– en un único cajón que puede ser llamado como “explicaciones del mundo”, pero que en realidad son sólo intentos débiles por parte del mismo hombre para sentirse seguro frente a aquello que no puede entender –la realidad– y que por comodidad se han definido bajo el término “Dios”. Alejado de cualquier consuelo, de cualquier explicación del porqué de las cosas, separado de al menos una promesa de bienestar, el hombre que ha reconocido la caída del fundamento, de las seguridades y de las costumbres se siente ajeno al mundo:²² *¿cuál es, pues, ese sentimiento incalculable que priva al espíritu del sueño necesario para la vida? Un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar. Pero, por lo contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño.*²³

Si el fundamento fuera válido por sí mismo, entonces no sólo los acontecimientos deben pertenecer a este orden al cual se está acostumbrado, sino también los actos humanos, entre ellos el “sí, sí vale la pena vivir”, pero –se sabe– no como una máxima que también posea fundamento en sí mismo, sino sólo como una forma implantada por la tradición. No se pretende dar a entender que lo normal y natural es suicidarse, sino únicamente dejar en claro que una acción por el único hecho de “ser constante” no debe elevarse al grado de “necesaria”, como en el caso de que generalmente los hijos viven más que los padres,

²² El hombre con sentimiento de ser ajeno al mundo es un tema que se abordará con mayor profundidad en el siguiente capítulo

²³ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 15.

que el ser humano vive en paz por medio de acuerdos o de ser solidario. Ya se vieron algunas consecuencias derivadas de considerar esto como necesario, es decir, el desencanto por no ser de este modo. Es de esta forma como la atención se centra en aquel momento donde a partir de una situación específica el hombre ve derrumbarse la ilusión que lo sostenía en el mundo: la muerte de un ser querido, un despido injustificado, grandes deudas económicas, la noticia de una enfermedad incurable, un grave accidente, etc.

Estos y otros tipos de situaciones similares colocan al sujeto en una encrucijada donde ninguna idea, costumbre o consuelo bastan para combatir su dolor. Nuevamente aparece el argumento de que la existencia humana no posee fundamento, es decir, no posee una base segura sobre la cual reposarían los existentes. Al respecto se cita nuevamente parte del discurso de “El Loco” presentado por Nietzsche en su texto *La gaya ciencia* en referencia a la muerte de Dios, aquello que también puede ser entendido sin problema alguno como “la caída del fundamento”, sobre todo si se recuerda lo que se ha presentado tomando como base al filósofo Pietro Prini. Se verá que este punto guarda especial relación con la postura emitida por Camus en el texto *El mito de Sísifo*:

¿Qué hemos hecho después de desprender a la Tierra de la cadena de su Sol? ¿A dónde la conducen ahora sus movimientos? ¿A dónde la llevan los nuestros? ¿Es que caemos sin cesar? ¿Vamos hacia adelante, hacia atrás, hacia algún lado, erramos en todas direcciones? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿Flotamos en la nada infinita? ¿Nos persigue el vacío con su aliento? ¿No sentimos frío? ¿No veis de continuo acercarse la noche, cada vez más cerrada? ¿Necesitamos encender las linternas antes del mediodía?²⁴

Frente a una situación que rebasa no sólo las fuerzas humanas, sino sus propios deseos, el hombre se siente “fuera de lugar” porque ha reconocido lo inútil de sus intentos por alcanzar sus objetivos y llegar a la pretendida felicidad, un concepto que también ha acompañado la historia de la humanidad.²⁵ Al mismo tiempo que esto ocurre el hombre también experimenta cierta sensación de vacío

²⁴ NIETZSCHE, FRIEDRICH, *La gaya ciencia*, p. 145.

²⁵ Obviamente el tema de la felicidad se trata de una construcción histórica que no sólo varía de hombre a hombre, sino de sociedad a sociedad y de cultura a cultura. A pesar de esto, es posible entender el proyecto de vida de un sujeto por el simple hecho de ser seres humanos.

o de soledad, una especie de *exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es propiamente el sentido de lo absurdo.*²⁶ Resulta comprensible la argumentación de Camus: entre los deseos más íntimos o las ilusiones más grandes del hombre y aquello que en realidad sucede en su vida aparece un divorcio, una fractura y a esto es a lo que suele darse el nombre de *absurdo*: la incompatibilidad entre lo que se desea y aquello que realmente ocurre, la imposibilidad de encontrar un acuerdo instantáneo y permanente entre lo que deseamos tener y los medios para obtenerlo. Pero además aparentemente el suicidio aparecería como la única forma de dar respuesta a esta situación de absurdidad respecto a la existencia, lo que se ha llamado “caída del fundamento de la existencia”:

El tema de este ensayo es, precisamente, esa relación entre lo absurdo y el suicidio, la medida exacta en que el suicidio es una solución de lo absurdo. Se puede sentar como principio que para un hombre que no hace trampas lo que cree verdadero debe regir su acción. La creencia en lo absurdo de la existencia debe gobernar, por lo tanto, su conducta. Es una curiosidad legítima preguntarse, claramente y sin falso patetismo, si una conclusión de este origen exige que se abandone lo más rápidamente posible una situación incomprensible.²⁷

Es obvio que el lector se enfrenta nuevamente a una valoración de sentido común frente al tema central de este trabajo. En otras palabras, de acuerdo con lo último que se ha comentado se pensaría erróneamente que la problemática que aquí se muestra –“¿vale o no la pena vivir?”– en realidad no tiene dificultad alguna. En otras palabras, planteado en términos claros, *el problema puede parecer a la vez sencillo e insoluble. Pero se supone equivocadamente que las preguntas sencillas traen consigo respuestas que no lo son menos y que la evidencia implica la evidencia.*²⁸ Sin embargo, Camus realiza la inversión de los términos para seguir mostrando otras perspectivas que lo ayudarán a analizar la cultura occidental. A fin de cuentas de eso se trata la Filosofía. Se recuerda que

²⁶ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 15.

²⁷ *Idem.*

²⁸ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 16.

en las primeras páginas de este trabajo se hacía de esta actividad el análisis por excelencia de todas aquellas cuestiones que para el sentido común aparecen fuera de duda o de incertidumbre alguna. Esto explicaría en parte porque mientras las demás áreas del saber buscan regularidades que al mismo tiempo fundamentarían argumentaciones diversas en múltiples campos –tal es el caso de las llamadas Ciencias Exactas, tales como la Física–, la Filosofía mostrada por Albert Camus duda acerca de que dichas postulados pueden alcanzarse en su totalidad. Junto con Friedrich Nietzsche se ha argumentado que la creencia en regularidades, además de ser producto de apreciaciones subjetivas, es en realidad una serie de ilusiones que se han elaborado para mantener tranquilo al ser humano, el cual se encuentra dentro de algo que carece de fundamento, la existencia. Sin embargo, a pesar de esto los sujetos no dudan en seguir elaborando precisamente ilusiones.

1.4 La inversión de términos y la lógica ante el suicidio

*A priori, e invirtiendo los términos del problema, así como se mata uno o no se mata, parece que no hay sino dos soluciones filosóficas: la del sí y la del no. Eso sería demasiado fácil. Pero hay que tener en cuenta a los que interrogan siempre sin llegar a una conclusión. A este respecto, apenas ironizo: se trata de la mayoría,*²⁹ comenta Camus cuando se pensaría que la reflexión que presenta no sobrepasa el sentido común. Como se decía al principio del presente trabajo, frente a esta problemática mostrada sólo aparecen dos soluciones, la de Pero Grullo y la del Quijote. Resulta evidente por cuál de las dos ha apostado en su investigación tanto el filósofo francés como quien escribe.

Veo igualmente que quienes responden que no, obran como si pensarán que sí. De hecho, si acepto el criterio nietzscheano, piensan que sí de una u otra manera. Por el contrario, quienes se suicidan suelen estar con frecuencia seguros del sentido de la vida. Estas contradicciones son constantes. Hasta se puede decir que nunca han sido tan vivas como

²⁹ *Idem.*

con respecto a este punto en el cual la lógica, por el contrario, parece tan deseable. Es un lugar común comparar las teorías filosóficas con la conducta de quienes las profesan.³⁰

Invirtiendo los términos y tomando como referencia a quienes se han suicidado por problemas personales, económicos o profesionales, únicamente ellos se han puesto de acuerdo con su pensamiento, su propio acto de suicidio ha bastado para responder a “¿vale o no la pena vivir?”. Situación contraria ocurre cuando alguien fomenta la idea de lo inútil que resulta vivir pero continúa respirando y no termina con su vida. Es a esto a lo cual el autor se refería cuando decía que “en este punto la lógica parece tan deseable”.

Todo esto es realmente interesante porque pone en juego la credibilidad y el compromiso de una persona: *pero es necesario decir que, salvo Kirilov que pertenece a la literatura, Peregrinos, que nace de la leyenda, y Jules Lequier, que surge de la hipótesis, ninguno de los pensadores que negaban un sentido a la vida, se puso de acuerdo con su lógica hasta el punto de rechazar esta vida.*³¹ Es de este modo que fácilmente se reconoce junto con Camus que las evidencias muestran que es realmente extraño encontrar a alguien que llevase hasta el final no sólo su pensamiento y sus actos, sino incluso a la propia lógica. Por tal motivo es más que pertinente mostrar a continuación a un personaje retomado de la historia occidental y recreado en forma adecuada para sus propósitos por nuestro autor para mostrar desde una obra de teatro –situación que permite colocar sobre análisis diversos argumentos– lo que en la vida cotidiana es difícil de encontrar,³² es decir, alguien que únicamente siguiendo la lógica se coloca ante el suicidio: el Emperador Romano Calígula. Estrenada en el Teatro Hébertot en París en el año 1945, la obra de teatro *Calígula* se concentra en el joven Emperador Romano, quien ha pasado a la historia por su carácter caprichoso e impredecible.

³⁰ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 16.

³¹ *Idem*.

³² Es obvio que al momento de decir “difícil de encontrar” no se emplea esta frase como sinónimo de “imposible”.

La puesta en escena comienza describiendo al personaje quien, a ojos de sus sirvientes, soldados y Patricios sufre por la pérdida de su hermana y amante, Drucila. Posterior a la muerte de la mujer ha vagado por espacio de tres días y sus subalternos se encuentran preocupados aunque, no por él, sino por la administración del Estado.

QUEREAS. – ¿Y?

ESCIPIÓN. – Nada todavía. Unos campesinos creyeron verlo anoche, cerca de aquí, corriendo entre la tormenta.

(QUEREAS *vuelve hacia los senadores*. ESCIPIÓN *lo sigue*.)

QUEREAS. – ¡Ya son tres días, Escipión!

ESCIPIÓN. – Si. Yo estaba presente, siguiéndolo como de costumbre. Se acercó al cuerpo de Drusila. Lo tocó con los dedos. Luego, como si reflexionara, se volvió y salió con paso uniforme. Desde entonces lo andamos buscando.

QUEREAS (*meneando la cabeza*). – A ese muchacho le gustaba demasiado la literatura.

SEGUNDO PATRICIO. – Es cosa de la edad.

QUEREAS. – Pero no de su rango. Un emperador artista es inconcebible. Tuvimos uno o dos, por supuesto. En todas partes hay ovejas sarnosas. Pero los otros tuvieron el buen gusto de limitarse a ser funcionarios.³³

La obra se desenvuelve mostrando que el Emperador aparece frente a los hombres de política y éstos de forma inmediata le muestran el panorama de su deber: administrar correctamente los recursos para mantener la regularidad en el desarrollo de Roma, aquello a lo cual los dirigentes del Estado están acostumbrados porque así se han desarrollado a lo largo de su historia y es lo que les garantiza que continúe existiendo su administración.

EL INTENDENTE (*Con voz insegura*). – Te... te buscábamos, César.

CALÍGULA (*Con voz breve y cambiada*). – Ya lo creo.

EL INTENDENTE. – Nosotros... es decir...

CALÍGULA (*Brutalmente*). – ¿Qué queréis?

EL INTENDENTE. – Estábamos inquietos, César.

CALÍGULA (*Acercándose*). – ¿Con qué derecho?

EL INTENDENTE. – ¡Oh...! (*Súbitamente inspirado y muy rápido*.) En fin, de todos modos, bien sabes que debes arreglar algunas cuestiones concernientes al Tesoro Público.

CALÍGULA (*En un acceso de risa inextinguible*). – ¿El Tesoro? Pero es cierto, claro, el Tesoro; es fundamental.

EL INTENDENTE. – Cierto, César.³⁴

³³ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1997, p. 59.

³⁴ *Ibidem*, p. 63.

El Emperador se encuentra en una situación donde, lejos de preocuparse por su persona, sus súbditos se encuentran más preocupados por el cargo que el César representa así como por los pendientes de la ciudad. Evidentemente se necesitan arreglar también los problemas y dificultades que se han presentado en los días de ausencia del Emperador. Calígula piensa poco y dialoga con sus subordinados al respecto.

CALÍGULA (*Siempre riendo, a CESONIA.*). – ¿No es verdad, querida, que es muy importante el Tesoro?

CESONIA. – No, Calígula, es una cuestión secundaria.

CALÍGULA. – Pero es que tú no entiendes nada. El Tesoro tiene un poderoso interés. Todo es importante; ¡las finanzas, la moral pública, la política exterior, el abastecimiento del ejército y las leyes agrarias! Todo es fundamental. Todo está en el mismo plano: la grandeza de Roma y tus crisis de artritis. ¡Ah! Me ocuparé de todo. Escúchame un poco, intendente.³⁵

El protagonista decide “ocuparse” nuevamente de la administración del Estado. Esto es lógico e incluso necesario: un Emperador dando órdenes respecto a los bienes y personas que comprenden su imperio. No hay nada de extraño en esto e incluso esta nueva situación haría ver a la desatención de los deberes algo que no se debe repetir. Se propone un mejoramiento, una especie de revolución de los recursos en dos pasos, mismos que Calígula describe con toda la tranquilidad del mundo. En realidad sólo hace lo que le corresponde realizar en su cargo, aquello para lo cual lo buscaban los Patricios y todos los interesados.

CALÍGULA. – Escúchame bien. Primer tiempo: Todos los patricios, todas las personas del Imperio que dispongan de cierta fortuna –pequeña o grande, es exactamente lo mismo– están obligados a desheredar a sus hijos y testar de inmediato a favor del Estado.

EL INTENDENTE. – Pero César...

CALÍGULA. – No te he concedido aún la palabra. Conforme a nuestras necesidades, haremos morir a esos personajes siguiendo el orden de una lista establecida arbitrariamente. Y heredaremos.

CESONIA. – ¿Qué te pasa?

CALÍGULA (*Apartándose.*). – El orden de las ejecuciones no tiene, en efecto, ninguna importancia. O más bien, esas ejecuciones tienen todas la misma importancia, lo que demuestra que no la tienen. Por lo demás, son tan culpables unos como otros. (*Al INTENDENTE, con rudeza.*) Ejecutarás esas órdenes sin tardanza. Todos los habitantes de Roma firmarán los testamentos esta noche, en un mes a más tardar los de provincias. Envía correos.³⁶

³⁵ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 63.

³⁶ *Ibidem*, p. 64.

“Algo” ha ocurrido en el interior del Emperador, “algo” ocurrió “en su corazón”, siguiendo la terminología de *El mito de Sísifo*. De la misma forma que ha sido comentado en dicho libro, “alguien le ha hablado mal” a este hombre sobre el cual se encuentra ahora la atención. Se puede entender que el pensamiento que ha adoptado no sólo es fruto del dolor producido por haber perdido a su ser querido, sino también por la forma en la cual sus subordinados reclamaban que atendiese sus funciones como César, un método poco sutil para hablar con alguien que, literalmente, tiene tanto poder en sus manos. Pero además se sobreentiende que aquello que colmó al Emperador Calígula fue el hecho de que nadie se preocupara por él. Incluso es notorio que las pocas preguntas que se hacen durante las escenas posteriores a su reaparición, así como anteriores a sus órdenes respecto a las riquezas, no muestran un interés real por saber cómo se encuentra:

HELICÓN (*De un extremo a otro del escenario.*) – Buenos días, Cayo.

CALÍGULA (*Con naturalidad.*) – Buenos días, Helicón.

(*Silencio.*)

HELICÓN. – Pareces fatigado.

CALÍGULA. He caminado mucho.

HELICÓN. – Sí, tu ausencia duró largo tiempo.

CALÍGULA. – Era difícil de encontrar.

HELICÓN. – ¿Y qué querías?

CALÍGULA (*Siempre con naturalidad.*) – La luna.³⁷

La lógica impuesta en el mundo por toda la tradición ha aparecido y Calígula únicamente la reconoce y no la impide en ningún momento: como se ha mostrado, es más importante la riqueza del Estado que la condición de cualquier persona, literalmente. Nada es más importante que el bienestar de la economía del imperio. Esto se demuestra cuando a nadie le importa la vida personal del propio César, lo que en teoría sería la más importante de proteger ante cualquier eventualidad.³⁸ Ahora sólo ejerce la lógica: si la vida del Emperador no tiene importancia,

³⁷ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 60.

³⁸ En este punto es necesario comentar que no se olvida la historia de Roma y de los diversos César que fueron asesinados. A lo que se refiere el presente texto es al hecho de que la vida del Emperador tenía mucho más valor a comparación de cualquier otro hombre, independientemente de si se era estimado o no.

entonces ninguna vida es necesaria. Ese es el pensamiento del protagonista de esta puesta en escena.

EL INTENDENTE. – César, no te das cuenta...

CALÍGULA. – Escúchame bien, imbécil. Si el tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. Está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que la vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo. Entretanto, yo he decidido ser lógico, y como tengo el poder, veréis lo que os costará la lógica. Exterminaré a los opositores y a la oposición. Si es necesario, empezaré por ti.

EL INTENDENTE. – César, mi buena voluntad no admite duda, te lo juro.

CALÍGULA. – Ni la mía, puedes creerme. La prueba es que consiento en adoptar tu punto de vista y considerar el Tesoro público como un objeto de mediación. En suma, agradéceme, pues intervengo en tu juego y utilizo tus cartas. (*Pausas, luego, con calma.*) Además mi plan, por su sencillez, es genial, lo cual cierra el debate. Tienes tres segundos para desaparecer. Cuento: uno... (El INTENDENTE *desaparece*.)³⁹

No hace falta ser un genio para entender las siguientes estaciones de la trama en la obra *Calígula*: diversas series de torturas, asesinatos e intentos por eliminar al Emperador que, a juicio no sólo de sus cercanos sino de todos los pobladores, se ha vuelto loco. El personaje secundario Escipión da muestra de esto a través de las siguientes frases que hacen referencia al hecho de no creer que todas las decisiones del protagonista son “en serio” en el sentido de que “no puede creerlas como ciertas y concebibles en un estado de lucidez: *Pero ese juego no tiene límites. Es la diversión de un loco.*⁴⁰ Se puede decir que el personaje principal ha llegado a lo que en este texto se nombró previamente como “la lógica ante el suicidio”. Esto se aprecia en mejor forma si se considera lo que se expone cuando da órdenes de asesinar personas por el simple hecho de ver cumplir dicho acto en sí mismo. Calígula es el sujeto que simplemente ha puesto de acuerdo su pensamiento con sus actos. También ha reconocido que la vida no vale la pena. Curiosamente lo ha declarado tanto después de perder a un ser querido como de forma posterior, específicamente cuando sus subordinados lo saludaron descortésmente al no preocuparse por su persona y, en cambio, colocar en primer plano de importancia los pendientes

³⁹ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 65.

⁴⁰ *Idem*.

del Estado, es decir, se trata en realidad de los pasos que según Albert Camus –sobre todo en *El mito de Sísifo*– bastan para que alguien opte por el suicidio.

De hecho, es el caso del personaje Calígula, sólo que para él no bastó con reconocer que la vida no vale nada –como se recuerda, lo comenta en el momento en el cual ordena que debe realizarse una lista con orden arbitrario para futuros asesinados–, sino que realiza actos que enseguida se descifran como los necesarios para que sobre él cayera tarde o temprano la sed de venganza de cualquiera de los subordinados más cercanos, los más afectados. Se trata del personaje que se ha puesto de acuerdo consigo mismo ante el acto del suicidio y esto –se insiste– no sólo lo demuestra con sus discursos, sino con sus actos, mismos que enumeran diversos Patricios:

PRIMER PATRICIO. – Insulta nuestra dignidad.

EL VIEJO PATRICIO. – ¡Me llama mujercita! ¡Me ridiculiza! ¡Muera!

PRIMER PATRICIO. – ¡Nos hace correr todas las noches alrededor de su litera cuando sale a pasear por su campo!

SEGUNDO PATRICIO. – Y nos dice que correr es bueno para la salud.

EL VIEJO PATRICIO. – No hay disculpa.

TERCER PATRICIO. – No, es imperdonable.

PRIMER PATRICIO. – Patricio, confiscó tus bienes; Escipión, mató a tu padre; Octavio, raptó a tu mujer y ahora la hace trabajar en su prostíbulo; Lépido, mató a tu hijo: ¿vais a tolerar esto? Por mi parte, ya he elegido. Entre el riesgo y esta vida insostenible con el temor y la impotencia, no puedo vacilar.

ESCIPIÓN. – Al matar a mi padre, eligió por mí.⁴¹

Este personaje es aquel quien puede responder a través de su propia vida a los cuestionamientos emitidos en *El mito de Sísifo*, específicamente aquellos en los cuales su autor se pregunta sobre por qué es tan difícil que exista algún sujeto que coloque a la par su pensamiento y sus actos, pero sin tomar en cuenta la inversión de los términos –que al mismo tiempo fue uno de los puntos de este capítulo que está a punto de cerrarse–, sino en el orden en el cual se comenzaba el análisis desde las primeras páginas de este trabajo con la temática del suicidio: 1. El hombre contempla su existencia, reflexiona y cae en la cuenta de que la vida no vale la pena; 2. El hombre se responde a sí mismo, reconoce lo absurdo

⁴¹ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 70.

de la existencia, es decir, que aparece lo que se ha definido como una *fractura* entre los deseos del hombre y aquello que ocurre y, por lo tanto, se suicida porque al fin ha reconocido lo absurdo de la existencia. Queda en debate la importancia o lo inútil que resultaría dejar un mensaje póstumo. Mostramos las interrogantes de nuestro autor al respecto:

El que se mata considera que la vida no vale la pena de que se la viva: he aquí una verdad indudable, pero infecunda, porque es una perogrullada. ¿Pero es que este insulto a la existencia, este desmentido en que se la hunda, procede de que no tiene sentido? ¿Es que su absurdidad exige que se la evada mediante la esperanza o el suicidio? Eso es lo que se debe poner en claro, averiguare ilustrar, dejando de lado todo lo demás. ¿Lo absurdo impone la muerte? Este es el problema que hay que estudiar antes que los otros, al margen de los métodos de pensamiento y de los juegos del espíritu desinteresado.⁴²

En esta cita se hace mención acerca de la esperanza, la cual aparece sin problema alguno como la otra alternativa cuando se reconoce que no vale la pena vivir. Sin embargo, el personaje de Calígula no considera para nada este camino. Él ha decidido y sus actos, a pesar de detenerse ya sea por el capricho de sus propios deseos o por la implantación de la fuerza por parte de alguien más, no pueden reponer lo arrancado: padres e hijos asesinados, mujeres abusadas. Nada, ni siquiera la esperanza, puede solucionar todo aquello que un hombre decidido⁴³ ha hecho. Lo único que les queda a los perjudicados de la puesta en escena *Calígula* es planear la muerte de su Emperador. Sabido es que desde que comenzó a ordenar actos que para todos los demás eran locuras, él ha optado por su suicidio aunque sus contemporáneos llamarán a su muerte un asesinato.

PRIMER PATRICIO (*Adelantándose*). – Creo haber comprendido, más o menos. Pero lo esencial es que en tu opinión, como en la nuestra, las bases de la sociedad están minadas. Para nosotros, ¿verdad? La cuestión es ante todo moral. La familia tiembla, el respeto al trabajo se pierde, la patria entera está entregada a la blasfemia. La virtud nos pide socorro: ¿nos negaremos a escucharla? Conjurados: ¿aceptaréis que los patricios se vean obligados a correr todas las noches alrededor de la litera del César?
SEGUNDO PATRICIO. – ¿Permitiréis que los llamen “mi querida”?
UNA VOZ. – ¿Qué les quiten a sus mujeres?
OTRA. – ¿Y su dinero?⁴⁴

⁴² CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 17.

⁴³ Se llama de este modo al quien ha equiparado a su pensamiento y a sus actos, pero sólo en referencia al tema del *suicidio* en Albert Camus.

⁴⁴ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 72.

Durante la parte media de la obra el suicidio/asesinato de Calígula se continúa planeando. El César representa a aquel sujeto que se encuentra empleado la lógica “hasta el fin”: si hace daño al pueblo y los funcionarios cercanos, entonces su vida corre peligro. Esto lo sabe bien y no decide cambiar. Incluso aumenta las torturas físicas, las muertes y privaciones.

CALÍGULA. – Perdonad, pero los asuntos de Estado son urgentes. (*Al INTENDENTE.*) Intendente, harás cerrar los graneros públicos. Acabo de firmar el decreto. Lo encontrarás en la cámara.

EL INTENDENTE. – Pero...

CALÍGULA. – Mañana habrá hambre.

EL INTENDENTE. – Pero el pueblo va a protestar.

CALÍGULA (*Con fuerza y precisión*). – Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo conoce el hambre, es la calamidad. Mañana habrá calamidad... y detendré la calamidad cuando me plazca. (*Explica a los demás.*) Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal.⁴⁵

Finalmente la muerte de Calígula se acerca, dando respuesta a varias argumentaciones de Camus: *es casi imposible ser lógico hasta el fin. Los hombres que mueren por sus propias manos siguen hasta el final la pendiente de su sentimiento. La reflexión sobre el suicidio me proporciona, por lo tanto, la ocasión para plantear el único problema que me interesa: ¿Hay una lógica hasta la muerte?*⁴⁶ Según las últimas escenas de la puesta en escena, la respuesta es “Sí”. Su último discurso antes de morir lo demuestra en tono poético:

CALÍGULA. ¡Calígula! Tú también eres culpable. Entonces, ¿no es verdad? ¡Un poco más, un poco menos! ¿Pero quién se atrevería a condenarme en este mundo sin juez, donde nadie es inocente? [...] Pero qué amargo es estar en lo cierto y llegar sin remedio a la consumación. Porque temo a la consumación. ¡Ruido de armas! La inocencia prepara su triunfo. [...] Todo parece tan complicado. Sin embargo, todo es tan sencillo. [...] ¡Lo imposible! Lo busqué en los límites del mundo, en los confines de mí mismo, tendí mis manos (*Gritando.*), tiendo mis manos y te encuentro, siempre frente a mí, y por ti estoy lleno de odio. No tomé el camino verdadero, no llego a nada. Mi libertad no es la buena. ¡Nada! Siempre nada. ¡Ah, cómo pesa esa noche! Helicón no ha venido; ¡seremos culpables para siempre! Esta noche pesa como el dolor humano.⁴⁷

Pero, generalmente los hechos no acontecen de la misma forma. Quienes responden “No” actúan como si respondieran “Sí” a la cuestión de si vale vivir, sin llegar al límite de la lógica, lo que ocasiona que el pensamiento mismo sea

⁴⁵ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 77.

⁴⁶ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 17.

⁴⁷ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p. 113.

puesto en duda. *Ante estas contradicciones y estas oscuridades, ¿hay que creer por lo tanto, que no existe relación alguna entre la opinión que se puede tener de la vida y el acto que se hace para abandonarla?*⁴⁸ Pareciera que es de esta forma, que no existe obligada relación entre lo que se piensa y el acto que se necesita para dar testimonio de dicha postura, al menos fuera de las puestas en escena. A este fenómeno Albert Camus lo denomina “la elisión”, una especie de “salida” que surge como impedimento para que el pensamiento y los actos sean acordes.

Finalmente, lo esencial de esta contradicción reside en lo que yo llamaría la elisión, porque es a la vez menos y más que la diversión en el sentido pascaliano. El juego constante consiste en eludir. La elisión típica, la elisión mortal [...] es la esperanza: esperanza de otra vida a la que hay que “merecer”, o engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y la traiciona.⁴⁹

Esta es la valoración que realiza Albert Camus respecto a la tradición occidental: basta una vaga idea, una noción sencilla o una pequeña luz implantada en un hombre, como es el caso de “la esperanza”, para que se aleje de la idea del suicidio, pero analógicamente también sólo se necesita de algo pequeño para que decida suicidarse. Es importante señalar que el término “elisión” hace pensar en una especie de frágil alternativa a algo, como se aprecia. Se menciona esto porque también comentamos que Camus –siguiendo a Nietzsche– basta una pequeña sospecha para hacer de las costumbres y del bienestar de la vida sólo vagas ilusiones, algo que no se puede sostener por sí solo. Este es uno de los puntos centrales: reconocer que aquello que puede tranquilizar al hombre también es algo frágil, algo que carece de seguridad en sí mismo pero que se elige porque es una posibilidad, aquello que se pretende hacer sólido, una ayuda sólida. Esto también hace comprensible el hecho de que los seres humanos generalmente se aferran a algo simplemente porque tienen la vaga esperanza de que resulte como desean. Lo hacen por costumbre.

⁴⁸ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 16.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 17.

De este modo pareciera ser que frente al *absurdo* –a la fractura entre el hombre y su vida– únicamente se tiene a la esperanza como protección si es que aún no se duda de ella. Pero al parecer basta con la aparición de un Emperador loco para que todo se derrumbe. De igual forma, a pesar de sólo indicar muertes de seres queridos, malos tratos con las personas cercanas, problemas económicos o frustraciones profesionales, en realidad se necesita sólo “algo” que merme aunque sea sólo un poco el corazón del hombre para que contemple la idea del suicidio.

Como ha quedado claro, esto último hace entendible la idea de que el hombre se encuentra alejado *de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida*,⁵⁰ lo que se traduce como una clara condición donde los argumentos que pudieron ser válidos para dar sentido a su vida antes y aquellos que pudieran servirle para el futuro en realidad son frágiles y pueden derrumbarse en un sólo instante –en el presente– a partir de cualquier situación que simplemente lo colocara en duda, es decir, lo pusiera a reflexionar. Pero, ¿qué sucede cuando un hombre ha descubierto y reconocido claramente la ruptura entre sus deseos y su vida, la ruptura entre lo que se ha llamado junto con Albert Camus “entre el actor y su decoración”? ¿Qué relación guarda el sujeto que ha caído en esta condición respecto a sus semejantes? ¿Se trataría de una condición que puede comunicarse? De ser así, ¿cómo se transmite? ¿Qué lenguaje y actitud se necesitan para ello? El capítulo siguiente tratará de dar respuesta a estas interrogantes y a algunas otras que irán surgiendo a través de las páginas que lo conforman, tomando como guía principal el texto *El extranjero* así como textos afines del propio Camus y de autores que giran en torno a él. La intención no es dar la palabra definitiva respecto a los diversos temas que el autor francés abordó. Lo que realmente interesa es analizar los diversos tópicos tratados por él con el fin de entender más su postura ante la existencia y, a partir de esto, generar una postura propia respecto al tema no sólo del suicidio o del absurdo, sino del hombre y de la llamada cultura occidental.

⁵⁰ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 15.

CAPÍTULO 2

El extranjero: El absurdo encarnado.

2.1 Sobre Meursault

En el capítulo anterior junto con Albert Camus se ha definido al *absurdo* como “la fractura entre el hombre y su vida”, esto es, entre sus deseos y su vida, entre el actor y los decorados que lo rodean, pero ahora es el momento pertinente para mostrar un claro ejemplo de lo anterior. Para tal motivo se ha elegido la obra de corte literario *El extranjero*, texto considerado junto con *El mito de Sísifo* los más representativos de Camus. Esto indica cierta continuidad en sus argumentos, así como bases sólidas para comprender en mejor forma su postura filosófica. Se comienza con una pequeña descripción de la novela.

Al abrir el texto *El extranjero* queda claro que la primera frase es sumamente llamativa para cualquier lector sin importar su edad, condición social o estado personal: *Hoy ha muerto mamá.*⁵¹ Se trata de aquel tipo de sentencia que sin temor a equivocarse cambian la vida de quien la emite, ya sea en mayor o menor grado, pero siempre provocando al menos una pequeña reflexión al respecto, sobre todo si el ser que ha muerto tenía contacto con el hijo o la hija que ahora la emite.⁵² Si en páginas precedentes se hacía de la muerte de un hijo uno de “los detonantes” para que quien estuviera en dicha situación comenzara a reflexionar y estuviera más que propenso al suicidio, en estas páginas se hace de la muerte de un progenitor el comienzo de todo. Pero con esta frase, “el comienzo de todo”, el presente texto se refiere a algo sumamente importante.

⁵¹ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 9.

⁵² Es verdad que en casos tales como los huérfanos esta frase no tendría sentido salvo si al pronunciarla se refieren a su madre adoptiva si es el caso. Pero, incluso en el abandono total se reconoce la posibilidad de que su ser se transforma si alguien les notifica que “eso” ha ocurrido aunque no haya tenido contacto alguno entre sí. A lo que se refiere el presente texto es al hecho de que se trata de esos acontecimientos en los cuales el pensamiento “se activa” aunque sea por unos segundos. Esto significa que es un hecho que de una u otra forma provoca cambios en quien lo reconoce como ligado a su propia vida.

La segunda frase del libro es incluso más desconcertante que la primera: *O tal vez ayer, no sé.*⁵³ Este conjunto de palabras es quizá igual o más desconcertante que el primero debido a que muestra una laguna no sólo en el relato de la novela, sino en la vida y conciencia del protagonista de apellido Meursault. No conocer la fecha de muerte de su madre hace incomodar⁵⁴ a los lectores del libro mencionado. Se considera que esto se debe en realidad a la importancia del acto, es decir, a que se trata de sucesos que claramente deben conocerse por la estrecha relación que Occidente ha declarado como obligatoria entre padres e hijos.⁵⁵ Se decía que la frase donde se declara no saber cuándo ha muerto su madre por parte del protagonista de la novela es absurda retomando elementos del capítulo anterior, pero incluso sin hacer alusión a temas filosóficos se comprende –por medio del sentido común– la aparición de una mueca por parte de quien lee el libro. Sin embargo, la formación académica aleja de este sentido para profundizar en la indagación precisamente filosófica con el objetivo de tratar estos temas que a pesar de ser cotidianos pueden ser abordados bajo un trabajo de compromiso precisamente académico, como es el caso.

En este punto es importante considerar los argumentos de *El mito de Sísifo*, específicamente cuando se replantea la concepción del absurdo, es decir, hablar de la absurdidad que se plasma en todo lo que rodea al hombre: *Todas las grandes acciones nacen con frecuencia a la vuelta de una esquina en la puerta de un restaurante. Lo mismo sucede con la absurdidad. Es mundo absurdo más que ninguno es noble por ese sentimiento miserable. En ciertas situaciones responde “nada” a una pregunta sobre la naturaleza de sus pensamientos puede ser una ficción en un hombre,*⁵⁶ lo que nos hace pensar en que repentinamente una sensación aparece sin más para rodear al hombre.

⁵³ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 9.

⁵⁴ Se emplea este término –“incomodar”– como resumen de aquellas sensaciones generadas en los lectores: indiferencia, nostalgia, reflexión; es decir, como sinónimo de “cambio en la postura del lector”.

⁵⁵ Al respecto es necesario mencionar que Albert Camus es conocido por su postura frente a las tradiciones y costumbres: no poseen sustento en sí mismas; al contrario, el hombre es quien las interpreta, lo que originará conflictos intersubjetivos como los que mostrará más adelante la obra *El extranjero*.

⁵⁶ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 20.

Un buen día emerge “algo” que provoca en el hombre una completa indiferencia y distanciamiento respecto al mundo, una especie de ruptura entre él y su mundo. Esto es lo que Camus llama “el primer signo de la absurdidad”.⁵⁷ Como se recordará, se ha hecho de la costumbre una de las ficciones que le han permitido al hombre hacer “llevadero” todo lo que le rodea. Repetir gestos, actos, palabras y realizar rutinas es como se actúa sin problema alguno. Pero a pesar de esto un buen día –como indica *El mito de Sísifo*–, cuando se formulan preguntas tales como “¿en qué se piensa?” o “¿qué se hará en tal situación?” existe la posibilidad de responder “Nada”. Esto desconcierta en gran medida a los seres humanos, sobre todo si se está en una situación donde se reclama una acción específica y esperada. Este es el caso de Meursault. Su vida aparecía dentro de la cotidianidad. Sin problema alguno presentaba una regularidad a la cual se había acostumbrado pero, al igual que en el caso de Marta y de su madre, una muerte lo cambia todo. Ahora debe viajar para ver el cuerpo también de su madre.

El asilo de ancianos está en Marengo, a ochenta kilómetros de Argel. Tomaré el autobús de las dos y llegaré por la tarde, así podré velarla y regresaré mañana por la noche. He pedido a mi patrón dos días de permiso que no me podía negar con una excusa semejante. Pero no parecía satisfecho. Llegué incluso a decirle: «No es culpa mía». No respondió. Pensé entonces que no debía habérselo dicho. Por supuesto, no tenía por qué disculparme. Era a él, más bien, a quien correspondía darme el pésame. Pero lo hará mañana, cuando me vea de luto.

Claramente se aprecia que el protagonista del relato se encuentra más preocupado porque ha roto su cotidianidad que por la muerte de su madre. Esto aún desconcierta más al lector. Se está frente a un individuo que no reacciona del mismo modo que la mayoría de las personas en situaciones que ameritan un comportamiento específico. *Siempre nos hemos representado a Meursault como un hombre extraño a los sentimientos de los hombres. Amor y odio, ambición y envidia, codicia y celos le son igualmente ajenos.*⁵⁸

⁵⁷ Se debe tener en claro que hablar de *absurdo* y *absurdidad* es, al menos dentro de la dirección del presente trabajo, sinónimos independientemente de que se ha hecho del primero el resultado de la relación entre el hombre y su mundo, mientras que lo segundo es la sensación proveniente de reconocerse en tal situación.

⁵⁸ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1997, p. 26.

Del mismo modo como ambas mujeres de *El malentendido* el protagonista de *El extranjero* pareciera ser que ha sido extraído de un mundo que no se encuentra acorde a la realidad, aquella que se instaura en el orden y la costumbre, donde los seres humanos sienten tristeza, miedo y pena por las muertes de los seres queridos.⁵⁹ Sin embargo, esto último no es en su totalidad cierto debido a que es necesario recordar que se ha centrado la atención –siguiendo a Camus– en situaciones probables, es decir, reales y cotidianas que en buena medida ayudan a reflexionar sobre los pilares del mundo occidental. Lejos de reaccionar y actuar como la tradición lo pide –exige–, Meursault muestra un comportamiento que si bien para muchos puede resultar incómodo, es en realidad probable, real, posible. Su forma de interactuar con el mundo es distinta del correspondiente al común de las personas. Se recordará, esto es el absurdo: la fractura entre el actor y su decorado.

Meursault es el actor y el decorado es su cotidianidad. Se trata de una relación que se ha visto quebrantada por un acontecimiento, por una situación evidente y clara, contundente: la muerte de su madre. Se trata de un hecho relevante para los seres humanos debido a que se trata de un acontecimiento que suele romper la rutina y la comodidad de la cotidianidad. Esto es lo que le incomoda al protagonista, tener que cambiar sus planes: *Meursault es en la ficción la encarnación del individualismo nihilista expuesto en Le Mythe de Sisyphe y comúnmente designado como l'absurde.*⁶⁰ Pareciera ser que de lo que se trata es de reconocer la importancia de “esa relación” surgida entre el hombre y el mundo: “¿de qué manera el hombre se enfrenta a los acontecimientos que le rodean?”. Incluso se podría preguntar acerca de si es necesario seguir siempre –en todos los casos– lo estipulado por los designios sociales, aquellos que también se ha mostrado como únicamente sustentados en una tradición que no se cuestiona.

⁵⁹ Resulta evidente que en el relato de Marta es ella la que no siente pena alguna por haber matado a su hermano, mientras que para su madre lo que no le interesa es su hija.

⁶⁰ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 26.

Siguiendo a Albert Camus, la vida del sujeto no debe ser asimilable a la de un número determinado de hombres, es decir, no puede resultar como el mandato de una tradición; al contrario, se trata precisamente de una vivencia personal sin ningún a-priori. Por tanto, es individual, personal, incomparable.

El primer corolario de tal actitud es que la filosofía es en todo caso obra estrictamente personal. Pone en juego el destino concreto, en el mundo y entre los hombres, del hombre que se empeña en ella. Y puesto que nadie puede decidir por otro, ni tomar sobre sí la elección y la responsabilidad que toca al otro, el filosofar es lo que hay de más íntimo y más secreto en la existencia del individuo: al cual no hay palabra luminosa, ni grande ni bella verdad, que pueda aminorarle el peso de la decisión íntima.⁶¹

Pero, ¿por qué Meursault actúa tan ajeno a las sensaciones humanas? ¿Qué se encuentra detrás de su comportamiento distante y de su molestia por tener que cambiar su rutina? Incluso la pregunta en este momento podría cambiar a “¿será acaso que el protagonista ha accedido a cierto modo de ver el mundo? De ser el caso, ¿esa forma de contemplar la existencia sería, por nombrarla de algún modo, “más auténtica” que aquella en la cual los hombres están acostumbrados a desenvolverse? La cita anterior hace mención de la Filosofía como aquella postura más íntima que posee el ser humano porque lo dirige hacia cierta sensibilidad, hacia cierto comportamiento que es evidentemente personal pero, del mismo modo, menciona la toma de decisión como algo que se encuentra poderosamente ligado con las creencias. Es el camino que anteriormente se ha mostrado por parte del propio Calígula en su relato. Pero, ¿quién es este sujeto de apellido Meursault? Se le puede describir como un trabajador promedio en alguna oficina con vista a la playa en Argel, un sujeto que al medio día suele ir a comer al restaurant de una tal Celeste acompañado de su compañero Emmanuel. Su sueldo es modesto, lo que ocasionó que internara en el asilo a su madre.

⁶¹ ABBAGNANO, NICOLA, *Introducción al Existencialismo*, p. 7.

Esto lo narra el Director del inmueble momentos antes del velorio de la mujer:

Consultó un expediente, y me dijo: «La señora Meursault entró aquí hace tres años. Usted era su único sostén». Creí que me reprochaba algo y empecé a darle explicaciones. Pero él me interrumpió: «No tiene usted por qué justificarse, hijo mío. He leído el expediente de su madre. Usted no podría subvertir a sus necesidades. Necesitaba una enfermera. Sus ingresos son modestos. Y, a fin de cuentas, ella era más feliz aquí». Yo dije: «Sí, señor director».⁶²

Se trata de un sujeto promedio que vive modestamente y que se desenvuelve sin problema alguno en el mundo, siguiendo la cotidianidad. Sólo que un buen día debe tomar decisiones que hacen romper con aquello a lo cual se encuentra acostumbrado. Al parecer no hay problema o dificultad alguna con esto, salvo su indiferencia ante el propio mundo.

Sin embargo, esta descripción para nada es sencilla ni sin importancia debido a que el Existencialismo Ateo plantea también al sujeto como aislado de todo cuanto le rodea, lo que anteriormente se comentó respecto a que el hombre es el único responsable de sí mismo. El aislamiento o alejamiento que se tiene frente al mundo es una característica de quienes han reconocido que fuera de los convencionalismos, de las tradiciones y los acuerdos en realidad nada sustenta ni a la vida ni al mundo. Incluso es necesario comentar que el sujeto descrito en *El extranjero* es el propio existencialista que sin comunicar nada a sus semejantes sabe que ningún ideal o principio metafísico otorga sentido a la vida.

A esto se refería el capítulo anterior cuando mostró el tema de “la caída del fundamento” –resumiendo con “la muerte de Dios” el abandono a todo principio explicativo o causal–, pero también relacionándolo con el *nihilismo* resultante y abordando la historia, es decir, el tema de la Segunda Guerra Mundial así como el periodo de posguerra. Por tales motivos el existencialismo es sumamente relevante debido, en resumen, a que muestra al hombre que resulta de todo esto, el hombre que tiene una fractura con los decorados, tal como se menciona en *El mito de Sísifo*.

⁶² CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 11.

Se mostró que esta postura filosófica no es una moda, sino una respuesta fundada respecto a todos los acontecimientos que marcaron en gran medida al Siglo XX. Se trata de aquello que para el investigador social Norberto Bobbio puede ser entendido como *la liberación de la autoridad: la verdad es que una crisis espiritual, cuando estalla con el estruendo de la actual, es el resultado de todas las épocas, por cuanto es el producto de un proceso inmanente en la historia de la civilización humana. Es éste el proceso de liberación de la autoridad –sea ella teológica o humana, trascendente o empírica–*.⁶³

2.2 No jugar la partida

Retomando el relato de *El extranjero*, el texto continúa narrando la llegada de su protagonista al asilo donde durante los últimos tres años su madre había vivido. Después de finalizado el viaje –en el cual el sueño venció a Meursault– decide caminar los dos kilómetros que separan la estación del camión de la aldea al lugar donde debía llegar. Al arribar encuentra a un conserje al cual le indica que desea ver a su madre, pero tiene como respuesta que por formalidades debe hablar primero con el Director. Él accede simplemente para evitar confrontaciones y hacer menos pesado todo el viaje.

A continuación se le informa que en el tiempo de hospedaje su madre había hecho amistades seguramente por tener temas de conversación comunes con gente de su edad, cosa que probablemente no era posible respecto a su hijo, al menos desde el punto de vista del propio Director del asilo. Esta escena es recordada por el propio Meursault:

Era cierto. Cuando mamá estaba en casa, pasaba su tiempo siguiéndome con los ojos en silencio. Los primeros días de su estancia en el asilo, lloraba con frecuencia. Pero tal era su costumbre. Al cabo de algunos meses, hubiera llorado si la hubiese retirado del asilo. Siempre a causa de la costumbre. Un poco por eso, durante el último año apenas vine aquí. Y también porque venir anulaba mi domingo, sin contar el esfuerzo de ir al autobús, de tomar los billetes y de dar dos horas de viaje. 64

⁶³ BOBBIO, NORBERTO, *El existencialismo. Ensayo de interpretación*, F.C.E., México, 1949, p. 16.

Como se describe, el protagonista es un sujeto que no posee la misma sensibilidad que el común de las personas. Esto se ha notado desde las primeras líneas del presente capítulo: se está frente a un sujeto que encarna el absurdo. *Pero la palabra absurde no es realmente necesaria; el mismo autor, en su prefacio a la edición Brée-Lynes de la novela, define a su héroe como un hombre “que no juega la partida”*.⁶⁴ Efectivamente, Meursault es un sujeto que no decide seguir el juego de los demás, ni del contexto, pero tampoco del propio mundo, mucho menos de las costumbres. Se trata del sujeto que ha reconocido como sin importancia los ademanes, los procedimientos, los rituales, los diálogos. Sabe que esto es verdad pero no insiste, al menos en este punto, en demostrarles a los demás “lo que sucede”.

Sólo se trata del sujeto que ha contemplado lo absurdo del mundo. *Meursault “se niega a mentir” e inmediatamente “la sociedad se siente amenazada”*. Por eso, *este héroe tiene una significación positiva, no es un épave, una ruina humana; “es un hombre pobre y desnudo que está enamorado del sol”*.⁶⁵ En el capítulo anterior se habló respecto al tema de “la caída del fundamento” y se hizo de dicho acontecimiento el punto de partida de la filosofía de Camus. Así mismo, empleando ejemplos de algunas de sus obras de teatro, se mostró que reconocer que la existencia no posee fundamento implica desconfiar de los argumentos religiosos, científicos e incluso morales porque ellos se han instaurado como una forma por medio de la cual garantizar la seguridad en el hombre mediante un consuelo. Sin embargo, bastan algunas pequeñas escenas de la cotidianidad para dudar de todo eso: una madre que mata a su hijo, un Emperador que lleva hasta el fin la similitud entre su pensamiento y su vida y ahora un hombre que ve como incómodo asistir al funeral de su madre bastan para dudar de cualquier discurso religioso, científico o moral. Al referirse a Meursault como “aquel sujeto que ha decidido no jugar la partida”, se trata de hacer alusión a un hombre que ha

⁶⁴ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 26.

⁶⁵ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 26.

contemplado lo absurdo del mundo, la nula relación entre los deseos del hombre y las situaciones que surgen en el mundo.

Es “la ruptura” de la que ya se hablaba con anterioridad, sólo que el ejemplo de *El extranjero* es llamativo en este sentido porque al parecer todo proviene de un capricho del protagonista: no le incomoda la muerte de su madre, sino todas las consecuencias –que para él son incómodas– que de ella surgen. Esto se nota claramente cuando durante su viaje rumbo al asilo describe cómo se quedó durmiendo en un autobús.

Hube de correr para no perder el autobús. Esa prisa, esa carrera, todo ello sin duda, añadido al traqueteo, al olor de la gasolina, a la reverberación de la carretera y del cielo, hizo que me adormeciera. Dormí durante casi todo el trayecto. Cuando desperté estaba echado contra un militar, que me sonrió y me preguntó su venía de lejos. Contesté «sí» para no hablar más.⁶⁶

Lo mismo acontece cuando después de hablar con el Director del asilo ambos se levantan para ir al lugar del velorio: *el director me siguió hablando, pero apenas lo escuchaba. Después me dijo «Supongo que desea ver a su madre». Me levanté sin decir nada y él me precedió hacia la puerta.*⁶⁷ Es evidente, se está situado frente a un personaje que guarda el menor trato con sus semejantes, incluso se podría decir que no desea interactuar con el mundo, sobre todo por su aprecio hacia la rutina. Esto no resultaría digno de atención si no fuera porque aparece un detalle: en el velorio de su madre, frente al féretro, no desea verla por última vez. Si bien esto en sí no es malo, al menos llama la atención y, en un pequeño número de ocasiones, causa molestia.

En ese momento el conserje entró detrás de mí. Debía de haber corrido. Tartamudeó un poco: «La hemos cubierto. Pero destornillaré el féretro para que pueda usted verla». Cuando se aproximaba al ataúd lo detuve. Me dijo: « ¿No quiere?». Respondí: «No». Se detuvo y me sentí molesto porque comprendí que no habría debido decir aquello. Al cabo de un momento, me miró y me preguntó: « ¿Por qué?». Pero sin reproche, como si le informase. Dije: «No lo sé».⁶⁸

⁶⁶ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 10.

⁶⁷ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 11.

⁶⁸ *Idem*.

Nuevamente aparecen pequeñas pistas que orientan a pensar en lo comentado anteriormente dentro del presente trabajo: reconocer al absurdo como el resultado de la relación entre el hombre y su mundo es situarse frente a una forma de habitarlo y que dista bastante del común de las personas. No se trata de negar que se le pueda dar un sentido al mundo; Lo que en realidad se pretende es demostrar que por más discursos o explicaciones que se tenga de éste, por más costumbres o ideologías que se tenga para tratar de orientar al hombre –al menos desde la postura de Camus– se debe optar antes que nada por la especulación. Preguntarse acerca del por qué de las costumbres, del por qué de los ademanes, de los rituales y de los gestos puede resumir en gran medida el origen así como el proceder y la tarea de la Filosofía porque su deber es valorar lo estable que el hombre ha levantado para a través de ese modo saber si lo creado –valores, costumbres, modos de vida– en realidad es sólido o únicamente se trata de una ficción.

Todo esto se puede identificar con una clara definición de nihilismo, especialmente por toda la información que hasta el momento se ha mostrado: *esto quiere decir, en definitiva, que al nihilismo no hay que juzgarlo a partir del resultado que pueda tener con relación a un modelo de conducta humana, sino propia y únicamente por la forma especulativa que, queriéndolo o no, manifiesta y disimula. Es esta forma y solamente ésta la que revela la inaceptabilidad de fondo de aquellos resultados, y no viceversa.*⁶⁹ Meursault en realidad es el hombre que se ha percatado de lo inútil que resulta hacer planes, de lo inútil que resulta hacer promesas y lograr convenios, de lo inútil que resulta salir a la calle. Él ha tenido acceso a un tipo de verdad que lo ha modificado desde lo más profundo e íntimo de su ser. Se trata de la contemplación de tipo filosófica que permite a su poseedor contemplar rasgos que para la mayoría de los sujetos son inexistentes o sin importancia. En parte esto se vuelve comprensible si se recuerda que a Albert Camus se le ha identificado con la corriente filosófica denominada como Existencialismo Ateo, tendencia donde el reconocimiento

⁶⁹ PRINI, PIETRO, *Historia del existencialismo*, p. 11.

de la incertidumbre del mundo es uno de los grandes momentos de los sujetos porque acceden a aquellos caminos que se encuentran ocultos y que muestran un conocimiento que dista bastante del cotidiano, aquel que también ya se mencionaba anteriormente. Análogamente, sentirse “lejos” de los demás sujetos es una condición de esta nueva perspectiva de la existencia, teniendo un marcado alejamiento de aquello que hasta hace poco era lo más familiar: sus semejantes, los lugares, los gestos de la costumbre, los lugares que se frecuentan, lo mecánico de los ademanes en situaciones cotidianas. En el texto *El extranjero* esta condición se describe de la siguiente manera:

Suele suceder que las decoraciones se derrumben. Levantarse, tomar el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la comida, el sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo. Sólo que un día se alza el “por qué” y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. “Comienza”: esto es lo importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquinal, pero inicia al mismo tiempo el movimiento de la conciencia.⁷⁰

Cuando un sujeto ha contemplado y experimentado esta condición sólo tiene dos opciones:⁷¹ *la continuación es la vuelta inconsciente o el despertar definitivo.*⁷² En otras palabras, a aquel sujeto que ha logrado preguntarse respecto al “por qué” de las costumbres, de las reglas, de los convenios sólo le queda seguir con la rutina o romperla. En este sentido el conserje del asilo donde es velada la señora Meursault representa al quien ha elegido continuar con los ademanes, con las reglas establecidas, con los convenios que han dirigido a los hombres desde tiempos remotos a pesar de tener una avanzada edad. En realidad los años de vida de una persona no son importantes, pero lo que sí lo es para él es la continuidad en los gestos, la repetición de los ademanes y de las reacciones, la continuidad en los convenios y en el fomento de los mismos. Él es quien precisamente, al preguntarle al joven trabajador de oficina si deseaba ver a su madre por última vez, se sorprende si se le da un “No” como respuesta.

⁷⁰ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 20.

⁷¹ Es clara la referencia o similitud al tema de “¿Vale o no la pena vivir?”, sobre todo porque frente a ella sólo se tenía también dos opciones: la del sí y la del no vale la pena vivir.

⁷² CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 20.

Esto se debe a que él esperaba una respuesta en específico, una que ha sido labrada a través del tiempo y que forma parte de las regularidades que –según la propia tradición y quienes la fomentan– han permitido que el ser humano haya llegado a este punto de la historia; por tanto, su ausencia se convierte automáticamente en un verdadero escándalo, una locura, algo innombrable.

Al cabo de un momento, me miró y preguntó: « ¿Por qué?». Pero sin reproche, como si se informase. Dije: «No sé». Entonces, retorciéndose el bigote blanco, declaró sin mirarme: «Comprendo». Tenía unos hermosos ojos azul claro y la piel un poco rojiza. Me ofreció una silla y él mismo se sentó un poco detrás de mí. La enfermera se levantó y se dirigió hacia la salida. En ese momento, el conserje me dijo: «Tiene un chancro». Como yo no entendía, miré a la enfermera y vi que llevaba sobre los ojos una venda que daba la vuelta a su cabeza.⁷³

Como se nota, el personaje del conserje es el encargado de recordarnos que se debe cuidar la apariencia, la proyección que tenemos frente a los demás, disimular las condiciones y mostrarse presentable. Él es quien puede tomarse como una especie de guardián de la moral, de las buenas costumbres. Las siguientes líneas del relato muestran en forma más clara nuestra postura:

Cuando salió (la enfermera), el conserje dijo: «Voy a dejarle solo». Ignoro qué gesto hice, pero él se quedó de pie detrás de mí. Esa presencia a mi espalda me molestaba. La habitación estaba inundada por la bella luz del final de la tarde. Dos abejorros bordoneaban contra el vidrio del techo. Sentía que el sueño me ganaba. Sin volverme hacia él, dije al conserje: « ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?». Respondió inmediatamente: «Cinco años», como si hubiera estado esperando desde siempre mi pregunta.⁷⁴

Queda mostrado en forma evidente el siguiente punto de vista: este personaje también es aquel quien desde siempre se mantiene como guardia de los ademanes de los demás, pero además en todo momento confiando ciegamente en los rituales para cada ocasión porque se han presentado con anterioridad y “ya se sabe lo que se debe hacer”. Piensa que posee todas las respuestas o las que se necesitan para toda ocasión en específico. En realidad representa a la tradición, aquel conjunto de reglas que tiene por misión –se insiste– indicar al hombre cómo comportarse, cómo reaccionar e incluso

⁷³ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 13.

⁷⁴ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 13.

cómo sentir. En contraposición se encuentra el propio Meursault, quien ha optado por el “despertar definitivo”: *al final del despertar viene, con el tiempo, la consecuencia: suicidio o restablecimiento. En sí misma la lasitud tiene algo de fastidioso. De ello debo deducir que es buena, pues todo comienza por la conciencia y nada vale sino por ella.*⁷⁵ Se trata de la percepción que se tiene de la existencia una vez que se ha reconocido que en realidad los valores son sólo supuestos, formados únicamente por la repetición de los actos y por la confianza en la regularidad. No basta con reflexionar respecto a la vida –como en el caso de la pregunta “¿Vale o no la pena vivir?– sino, como ahora ha quedado claro, actuar en consecuencia con los actos.

En otras palabras, lo que realmente sucede en la vida del protagonista de *El extranjero* es que simplemente coloca en duda “la tabla de valores” –tomando prestada terminología de Nietzsche– a través de su comportamiento específico, uno que se incrusta en la cotidianidad con un aire de rareza por parte de sus espectadores, pero que a pesar de esto es un sentido también válido para vivir:

Él (Camus) denuncia la «contradicción existencial» de quien, como Sartre, «pretende» mantenerse en el absurdo, sin tener en cuenta su verdadero carácter, que es ser un paso vivido, un punto de partida, el equivalente de la existencia, de la duda metódica de Descartes. De modo análogo a lo que sucede con esta duda, el absurdo es el intento de poner a prueba cualquier tabla de valores y, por eso, él mismo es una contradicción porque no se puede tener conciencia de él, o mantener esa conciencia sin optar por la vida, dándole por consecuencia un sentido.⁷⁶

Siguiendo a René Girard, esto es aquello a lo cual se referían las páginas anteriores respecto a que Meursault “no juega la partida” porque no sigue su papel, es decir, no acata lo convenido y prefiere tomar distancia de la normatividad. Frente al hecho de la muerte y velorio de su madre reacciona distinto, sumamente distinto a comparación de sus semejantes. Se preocupa más por la comodidad –o incomodidad– de su cuerpo que por el acto que significa el velorio. Plasma más su atención en los asistentes, en sus ademanes y en lo que

⁷⁵ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 20.

⁷⁶ PRINI, PIETRO, *Historia del existencialismo*, p. 23.

para él representan –una especie de títeres– que en aquello que “debería” realmente llamar su atención, el cuerpo presente: *en ese momento entraron los amigos de mamá. Eran en total una decena y se deslizaban silenciosos en esta luz cegadora. Se sentaron sin que ninguna silla chirriase. Los veía como nunca he visto a nadie y ni un solo detalle de sus rostros o de sus trajes se me escapaba. Sin embargo, no los oía y apenas podía creer en su realidad.*⁷⁷ Las preocupaciones que le sobresaltan no son aquellas relacionadas con el significado del ritual que se lleva a cabo frente a él, sino sólo las que se generan en la comodidad o incomodidad del momento.

Para el protagonista de *El extranjero* lo que realmente importa es aquello en lo cual puede tomar decisión. No pudo decidir el día de la muerte de su madre como bien le comentó a su jefe de oficina, pero en lo que sí puede decidir es en aceptar o no una taza de café con leche. En el primer caso no tiene el control de la situación; en el segundo, sí. Debido a esto realiza los gestos correspondientes.

En este sentido no hay mayor problema porque al fin y al cabo tomar café era una decisión propia, no una obligación impuesta desde fuera como llorar.

El conserje giró el conmutador y quedé cegado por la repentina luz. Me invitó a dirigirme al refectorio para cenar. Pero yo no tenía hambre. Me ofreció entonces traer una taza de café con leche. Como me gusta mucho el café con leche, acepté, y, al cabo de un momento, volvió con una bandeja. Bebí. Tuve entonces deseos de fumar. Pero dudé porque no sabía si podía hacerlo delante de mamá. Reflexioné; la cosa no tenía importancia. Ofrecí un cigarrillo al conserje y fumamos.⁷⁸

Pero, ¿su comportamiento es considerado extraño por hecho de no acatar las normas y lo establecido? En otras palabras, ¿su comportamiento resulta desconcertante e incluso amenazante simplemente porque reacciona distinto a como se espera que reaccione? O, por el contrario, ¿existe un motivo extra? La respuesta es obvia, sobre todo después de lo contemplado en el capítulo

⁷⁷ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 15.

⁷⁸ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 14.

anterior: Meursault comienza a parecer extraño al mundo e incluso amenazante no por hacer caso omiso de las buenas costumbres ni de la moral, sino porque demuestra que es posible “vivir de otro modo”.

En el momento de la carroza fúnebre se preocupa más por el calor, por la posición del sol y por la incomodidad que le provoca la ropa oscura que por el acontecimiento del cual va a ser partícipe en ese momento: *el cielo ya estaba invadido de sol. Comenzaba a pesar sobre la tierra y el calor aumentaba con rapidez. No sé por qué esperamos tanto tiempo antes de ponernos en marcha. Me daba calor el traje oscuro.*⁷⁹ El protagonista se queja desde su interior y no comunica su malestar a ninguna persona.

Él vive el momento a su modo. Es obvio que también los demás reciben los mismos rayos del sol y su misma intensidad. Pero, ¿por qué no se quejan? ¿Qué ha hecho que no reparen en la incomodidad del clima? La respuesta emitida desde la filosofía de Albert Camus es simple y a la vez sumamente importante: Meursault representa la perspectiva del sujeto que existe en el mundo y que lo juzga desde su perspectiva, desde su posición personal, es decir, desde un subjetivismo que no hace caso de los convencionalismos porque sabe que ambos no coinciden, pero prefiere hacer caso al primero porque es él quien habla.

Incluso el momento previo del entierro resulta para él algo incómodo, sobre todo por Pérez, el amigo cercano de su madre. *Hubo todavía la iglesia y los aldeanos en las aceras, los geranios rojos sobre las tumbas del cementerio, el desvanecimiento de Pérez (un muñeco dislocado, de habría dicho), la tierra color de sangre que rodaba sobre el ataúd de mamá, la blanca carne de las raíces con ella mezcladas, todavía la gente, las voces, el pueblo, la espera ante un café,*⁸⁰ nos relata el texto recalcando sin mencionarlo, pero dando a entender que si Meursault tiene un sufrimiento no es precisamente por la muerte

⁷⁹ *Ibidem*, p. 21.

⁸⁰ ALBERT, CAMUS, *El extranjero*, p. 24.

de su madre, sino producto de la incomodidad física del cual es objeto. Su perspectiva es subjetiva porque no puede hablar por los demás así como los demás no pueden ponerse en su lugar y describir sus incomodidades físicas. A esto es a lo que se referían las páginas anteriores respecto a que el sujeto descrito desde el Existencialismo Ateo es un ser aislado no porque vive alejado de todos físicamente, sino porque aunque se encuentre rodeado de semejantes y participe en actos donde se puede relacionar de forma cercana con más personas sus vivencias son únicas, intransferibles e imposibles de entender aunque existan frases de apoyo como “Lo sentimos mucho”, “Te apoyamos” o “Estamos contigo”.

El sufrimiento es imposible de compartir aunque se padezca la pérdida de un familiar en común o un amigo en común. Cada uno de los hombres existe y se desenvuelve en el mundo de forma única.

Es verdad que también se pueden encontrar coincidencias en este sentido, pero no tienen que ser idénticas. Esto se entendió cuando se leyó *El malentendido* porque la madre y la hermana del asesinado tienen perspectivas sumamente distintas de lo que ha ocurrido al grado de que sus proyectos se han divorciado y han tomado caminos distintos. A pesar de esto, los acontecimientos como accidentes, pérdidas e imprevistos surgen y las personas los reciben. La dificultad aparece cuando de un sujeto se espera una reacción en específico y se tenga como respuesta una total indiferencia, como es el caso de Meursault. Efectivamente, Camus analiza a Occidente y demuestra que se encuentra sustentado en pilares realmente débiles.

Ya se ha comentado también: la religión, la ciencia y la moral son los pilares occidentales más sobresalientes y que en buena medida han dirigido –orientado e incluso obligado– a acatar ciertos roles por parte de los hombres en sus vidas, situación que ha motivado que su análisis haya desaparecido paulatinamente. También se demostró que dichos pilares son fruto de observaciones subjetivas en diversos ámbitos pero que se han elevado como regularidades para

comprender al mundo y darle una explicación. Entonces, lo que Camus realiza a través de su reflexión filosófica, su obra literaria y sus puestas en escena es sólo recordar que el ámbito humano es subjetivo. Esto es lo que también se entendía cuando se escribió que la reflexión permite andar por “caminos que permanecen ocultos” pero que siempre han estado ahí, sólo que muy pocos se atreven a transitarlos porque la costumbre y la cotidianidad ya han hecho lo suyo respecto al ser de los hombres, pero aún así “están ahí”, como una posibilidad latente para ser transitados. Esto es lo que escandaliza: que alguien opte por ellos y deje a un lado los convenios establecidos por la tradición. Entonces, lo que Meursault está haciendo es no sólo demostrar con su existencia que se puede vivir de otro modo distinto a la costumbre, sino que les recuerda a los otros individuos los caminos que han olvidado.

Lo rescatable en este punto es sencillo: se forma parte de una obra de teatro donde a pesar de los ademanes de educación y convencionalismos existen otras formas de sentir, responder y reaccionar. Meursault representa todo esto, sobre todo cuando el papel que tanto la tradición occidental como la costumbre, su jefe, sus amigos, el conserje y el Director del asilo esperan de él simplemente no es realizado. Se trata del actor que frente al decorado encuentra “la fractura” a la cual también ya se hizo referencia y decide no encarnar el papel que le es asignado no por estar en contra de lo establecido, sino porque opta por otras rutas. Efectivamente, Meursault en realidad representa en toda su magnitud la encarnación del absurdo de *El mito de Sísifo*. Todo esto se resume en una breve frase que a estas alturas es sumamente significativa el presente trabajo: simplemente “no juega la partida”.

2.3 La amenaza para la tradición occidental

Sólo al despertar al día siguiente de su visita al asilo de Marengo el protagonista de *El extranjero* cae en la cuenta de que su jefe de oficina se había molestado no por su ausencia ni por los dos días que se le pidió para guardar luto, sino porque

el día siguiente del entierro era sábado. Nuevamente aparece en forma clara la referencia de que a Meursault le preocupa más su comodidad personal que la de los otros. Es de esperarse que cuando regrese al trabajo le espera un regaño e incomodidades. A pesar de esto se aprecia que paulatinamente ha comenzado a tomar distancia no sólo de las costumbres, sino incluso de los demás sujetos. Posiblemente esto sucedió antes del anuncio de la muerte de su madre, pero el relato comienza con este acontecimiento, por lo que sería aventurado asegurarlo, aunque es posible: *Al despertar, comprendí por qué mi patrón tenía un aire descontento cuando le pedí dos días de permiso: Hoy es sábado. Lo había en cierto modo olvidado, pero al levantarme, se precisó esa idea. Mi patrón, naturalmente, pensó que tendría así cuatro días de vacaciones con mi domingo y eso no podía agradaarle.*⁸¹

En este momento se debe aclarar que Meursault se siente sobresaltado e incómodo no porque el permiso que pidió –el cual se suma al fin de semana– se interpretaría como una falta de compromiso respecto a su trabajo o de lealtad hacia su jefe de oficina. Realmente se sobresalta porque “debe dar cuenta de sus actos”. Esto es lo que verdaderamente le causa malestar. Como se ha visto en citas anteriores, su comportamiento es tal que procura no entablar diálogo con sus semejantes y, de ser el caso, sólo cruzar frases sencillas, evitando en todo momento dar cuenta de sus actos. Es precisamente el hecho de “dar cuenta de lo que hace” lo que también lo hace distinto a sus contemporáneos. Como lector de *El extranjero* se puede caer en la tentación de sólo esperar el momento en el cual dentro del texto aparezca una verdadera explicación –no sólo una excusa– respecto a por qué Meursault se comporta de este modo y no de otro. Pero por el momento es necesario continuar con el relato.

De regreso en Argel el protagonista narra que al despertarse y después de reflexionar respecto al tiempo que le corresponde para descansar –mismo que no le agradaría a su jefe– cae en la cuenta de algo que para él serviría no como

⁸¹ ALBERT, CAMUS, *El extranjero*, p. 24.

excusa para su falta en la oficina, sino para entender la condición en la cual ahora se encuentra: *Pero, por otra parte, no es mía la culpa de que haya enterrado a mamá ayer y no hoy y, por otro, yo habría tenido en cualquier caso mi sábado y mi domingo. Por supuesto, eso no impide comprender al patrón.*⁸²

Respecto a este pensamiento la frase más llamativa resulta obvia e incluso se lee sin reparo alguno: “no es mía la culpa”. Sin embargo, no es la primera ocasión en la cual se muestra.

Las primeras líneas de *El extranjero* ya la hacían notar como parte de la historia. Se muestra cuando Meursault pide permiso para ausentarse de su trabajo directamente con tu jefe argumenta lo siguiente: *Llegué incluso a decirle «No es culpa mía».*⁸³ ¿Qué puede llegar a significar esta frase no sólo para el protagonista del texto que ahora interesa, sino para los lectores del relato? Para responder a esta pregunta es necesario continuar la indagación tomando como base al propio texto del cual forma parte y de ese modo tratar de unir argumentos anteriores como aquellos que se acaban de presentar.

La siguiente anotación mostrada en el texto es la del protagonista que ha tomado la decisión de levantarse y continuar con su rutina: *Mientras me afeitaba, me pregunté qué iba a hacer y decidí ir a bañarme. Tomé el tranvía para ir a la casa de baños del puerto. Llegué y me zambullí. Había mucha gente joven. Encontré en el agua a Marie Cardona, una antigua mecanógrafa de mi oficina, a la que había deseado entonces. Ella también, creo.*⁸⁴ Continuando con el comentario que realiza René Girard al respecto de este episodio se coincide en que su protagonista *asiste al funeral de su madre tan impasiblemente como mira al día siguiente una película de Fernandel*⁸⁵ porque –ahora se sabe– aprecia a la existencia sin fundamento, tal como realmente es.

⁸² CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 24.

⁸³ *Ibidem*, p. 9.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁸⁵ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 26.

Las cosas en el mundo son de un modo y, aunque se deseé, no podrán cambiar. La muerte de su madre se encuentra ahí, aún presente pero no puede cambiarse a pesar de todas las modificaciones que logra hacer respecto a la cotidianidad de los involucrados, especialmente de Meursault y de su propio jefe de oficina. Esto significa que aquello que puede designarse como *incómodo* surge cuando los sujetos ven amenazada la comodidad que se ha generado a partir del tiempo y de la rutina. Sin lugar a dudas Meursault sentía que si su vida no tenía una comodidad total al menos sí poseía lo que puede denominarse como tranquilidad, es decir, una vida sin tomar elecciones, dejándose “sólo llevar”. Esto último se nota cuando su vecino de cuarto de nombre Raymond Sintes le pregunta si desea ser su camarada después de una breve charla que tuvieron, la cual giraba en torno a una pelea que éste último tuvo con un tipo por problemas con mujeres: *Me explicó entonces que, precisamente, quería pedirme consejo sobre este asunto, que yo era un hombre, que conocía la vida, que podía ayudarlo y que así sería su camarada. No dije nada y volvió a preguntarme si quería ser su camarada. Dije que me daba lo mismo y pareció contento.*⁸⁶ Lo mismo sucede cuando su jefe de oficina le propone ir a trabajar a París, específicamente en una sucursal de la empresa. La respuesta de Meursault es similar respecto a ser o no camarada de Raymond:

Podría así vivir en París y viajar, además, una parte del año. «Usted es joven y tengo la impresión de que es una vida que ha de gustarle.» Dije que sí, pero que en el fondo me daba igual. Me preguntó entonces si no me interesaba un cambio de vida. Contesté que no se cambia nunca de vida, que en cualquier caso todas valían lo mismo y que la mía aquí estaba lejos de disgustarme.⁸⁷

Resulta obvia la postura del jefe: incertidumbre ante tal respuesta. Pero después de analizar todos los puntos anteriores se comprende la postura de Meursault: todas las vidas valen lo mismo porque tarde o temprano la monotonía las ahoga sin que se den cuenta, la costumbre parece aburrida, las regularidades son predecibles y, sobre todo, porque todo –tarde o temprano– llegará a su fin.

⁸⁶ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 34.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 45.

Se puede sentir cómodo dentro de la costumbre, pero una vez que se ha reflexionado se sabe que eso también terminará. Es la historia de Sísifo: al llegar a la cima de la montaña piensa que todo ha terminado, pero en realidad todo comienza de nuevo. La existencia carece de fundamento y una de las mayores dificultades es que un sujeto tenga un deseo demasiado grande en el interior de su ser y reconocer que el mundo no se adecúa a él.

Es la fractura entre aquello que se desea y lo que el mundo ofrece. Meursault se siente incómodo no sólo físicamente, sino anímicamente porque él desea no volver a elegir y que todo regrese a su normalidad, sólo que también ha reconocido en esto algo de engaño. Puede pedir regresar a su normatividad una vez que ha dejado enterrada a su madre, pero en el fondo de su ser sabe que es una ilusión, que la vida y la muerte no importan porque todos transcurren por ellas. Esto significa que por más grandiosas que sean las obras en vida, la muerte termina eclipsando todo. Es a lo que se refería Calígula cuando ponía en tela de juicio la grandeza de la historia del Imperio Romano. Incluso sabía que a pesar de cometer los mayores excesos todo terminaría tarde o temprano, ya sea con su muerte o con la de los testigos de las atrocidades mandadas a cometer en todo momento por él.

Marta y su madre se encuentran en la misma sintonía al hacer de los asesinatos algo natural y frecuente, incluso algo que se puede adelantar porque es posible calcular. Si Meursault sentía incomodidad por el sol que quemaba su piel era porque el clima no dependía de él así como tampoco la muerte de su madre, en el caso de Calígula su tiempo de vida no dependía de sí mismo. Esta situación se repite en la obra *El malentendido* porque las mujeres que atienden el hotel no tienen control alguno respecto a quiénes llegaban a hospedarse.

Esto significa que si algo no depende de los personajes, entonces carece de importancia. Pero a pesar de esto, de lo que sí son responsables es

de lo siguiente: Meursault, estar con Marie; Calígula, la vida y muerte de su pueblo; Marta y su madre, de matar. Por tal motivo realizan los actos relatados en sus correspondientes historias.

La carencia de fundamento de la existencia, al no depender de los sujetos, los orienta a no tomar tan en serio lo que ocurre. En otras palabras, es algo que no debe preocuparles. Desde esta postura, los pilares de Occidente que se han mencionado (religión, ciencia y moral) son tomados únicamente como aquello que verdaderamente son: intentos por hacer llevadera la vida de los hombres. Además, para aquellos que han reflexionado, aquellos que frente a experiencias tales como la muerte o la humillación han logrado ver lo que se encuentra detrás de la existencia –la carencia de fundamento–, son intentos inútiles de guía alguna. Se puede decir que Camus muestra a Meursault, cuya característica principal es la indiferencia, la despreocupación o simplemente la ingenuidad –muy pocas personas rechazarían la propuesta de un nuevo y mejor trabajo además de que, de aceptarlo, mostrarían gran entusiasmo al respecto– porque representa a quien ha visto “más allá” de lo establecido.

Siguiendo con su historia, ésta tomará un giro drástico más adelante. Uno de sus vecinos de cuarto en el edificio donde vive el protagonista se llama Raymond Sintes. Es considerado un personaje que vive de las mujeres. Poco tiempo después de lo ocurrido con la madre de Meursault se escucha una discusión dentro de su cuarto, la cual es ruidosa. Al parecer tiene problemas con un grupo de árabes que lo han perseguido. En ese mismo día llama por teléfono a Meursault para invitarlo a él y a Marie a una casa de playa ubicada cerca de Argel. El día fijado es domingo. El protagonista principal acepta y se hacen los arreglos correspondientes con su acompañante que lo ha ido a ver al trabajo ese mismo día. Precisamente es ahí donde Marie le pregunta respecto a algunas cosas que socialmente hablando resultan importantes y difíciles de desatender:

Por la tarde, Marie vino a buscarme y me preguntó si quería casarme con ella. Le dije que me daba igual y que podíamos hacerlo si era su deseo. Me preguntó entonces si la quería.

Contesté, como ya había hecho una vez, que nada significaba eso, pero que ciertamente no la quería. « ¿Por qué te casarías entonces conmigo? », dijo ella. Le expliqué que la cosa no tenía importancia alguna, pero que si ella lo deseaba podíamos casarnos. Además, era ella la que lo preguntaba y yo me limitaba a responder que sí. Comentó ella que el matrimonio era una cosa seria. Respondí: «No».⁸⁸

Lo dicho anteriormente: Meursault es un personaje que considera como ajeno a su persona lo que ocurra tanto en el mundo como en las personas, es decir, en la existencia. Ni el mundo ni las demás personas dependen de él como el clima en su momento. No son su responsabilidad y no tiene por qué dar cuentas al respecto. Asumiendo una actitud de indiferencia frente a una propuesta que bien puede cambiar el rumbo de su vida, permite entender que se trata de un argumento sumamente importante para entender su actitud frente a la muerte de su madre, frente al féretro de la misma y, finalmente, frente a su propia condición de luto. Él actúa según el momento y sin dar explicaciones porque ha entendido que la existencia no depende de él y que los ademanes o convencionalismos sociales son sólo una forma de disfrazar esta realidad. Si se le pregunta algo –en este caso sobre si se llegase a casar con Marie– responde sin inmutarse. La felicidad o desdicha de su pareja tampoco es su responsabilidad. Sin embargo, debe dar una respuesta, por eso acepta el trato. El sujeto descrito en las obras existencialistas se encuentra inmerso en sí mismo porque considera todo camino como inútil y carente de valor, pero a pesar de esto también sabe que debe interactuar con los demás sujetos pero, como sus tablas de valores son diferentes, se generan situaciones sumamente controversiales como todas las descritas hasta este momento de este trabajo. De este modo se responde nuevamente a la cuestión sobre si es posible vivir haciendo a un lado las reglas que regulan el comportamiento social. La respuesta es afirmativa una vez más, sólo que el precio a pagar es un tipo de desprecio y señalamiento por parte de la sociedad, de aquel conjunto de sujetos que han hecho de la costumbre y de los convencionalismos un elemento importante en la convivencia.

⁸⁸ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 45.

En el problema social la actitud del existencialismo es, en primer término, una actitud polémica. Es fácil ver el hincapié que hace de la categoría de la "singularidad" algunos de los tópicos más corrientes en la reacción contra la sociedad moderna, interesada por la organización colectiva del hombre y tendiendo a la nivelación. El colectivismo aparece como un desafío a la existencia singular, que se hace a un lado, amedrentada por la continua amenaza de absorción por parte de la masa anónima de los otros, y busca su propia salvación en la soledad, en la cual únicamente alcanza su propia autenticidad. La nivelación exterior aviva la nostalgia por la interioridad individual, que moldea por sí misma su propio destino con un perfil original e imposible de repetir.⁸⁹

Es importante tener cuidado respecto al personaje Meursault porque se llegaría a pensar que únicamente es egoísta por no pensar en los demás. Esto sería un error. En realidad no arrastra a nadie hacia su forma de ver el mundo. En el caso de Marie no le ha propuesto matrimonio, sino que fue al revés. De manera análoga, cuando su amigo Raymond le pide ayuda para escribir una carta con la finalidad de reconquistar a una mujer Meursault no asume un rol protagónico al respecto, sino que únicamente se coloca frente al sujeto y escribe los deseos de éste. En resumen, el protagonista no desea tomar parte en las empresas humanas, sólo trabaja porque no hay nada mejor que hacer. Reiteradamente toma largos descansos al lado de su compañero de trabajo Emmanuel y llega un poco tarde a la segunda jornada de trabajo. Pero realiza las cosas porque no hay nada más por hacer. Esto significa que no está obligado a tener un trato cercano ni con sus vecinos, ni con sus amigos, los compañeros de trabajo ni con la propia Marie. Sabe que la vida es una farsa, que comprometerse en una empresa es desperdiciar el tiempo porque siempre aparecen factores que no dependen de los hombres, factores ajenos a su voluntad que pueden interrumpir aún los proyectos más grandes. Por tanto, su jefe le recrimina no tener ambiciones:

Pareció descontento, me dijo que nunca respondía directamente, que no tenía ambición y que eso era desastroso en los negocios. Hubiera preferido no decepcionarlo, pero no veía razón alguna para cambiar de vida. Pensándolo bien, no me sentía desgraciado. Cuando era estudiante, tenía yo muchas ambiciones de ese tipo. Luego, cuando tuve que abandonar mis estudios, comprendí muy pronto que todo eso carecía de verdadera importancia.⁹⁰

⁸⁹ BOBBIO, NORBERTO, *El existencialismo. Ensayo de interpretación*, p. 75.

⁹⁰ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 45.

En cuatro diversas situaciones (muerte de su madre, relación con Marie, ascenso en el trabajo y la ayuda para escribir una carta) se le pide que tome una decisión y una actitud que demostrarían su compromiso con el mundo y con las personas, pero se nota claramente que hace lo necesario para evadir la responsabilidad, a pesar de que paradójicamente da pistas que insinúan que no tendría problema alguno si se le ordenara hacer lo que amablemente se le pide: mostrar dolor frente al ataúd, aparentar alegría al lado de su pareja, viajar a una sucursal de trabajo a otro país así como ser buen camarada.⁹¹ A esto es a lo cual hicieron referencia las páginas anteriores cuando se escribió que Meursault “no juega la partida”. Sin embargo, a pesar de esta postura de distanciamiento este sujeto suele desenvolverse en el mundo sin dificultad, trabajando, viendo películas, besando a una mujer, compartiendo refrigerios y cruzando ocasionalmente pequeñas frases con quienes salen a su encuentro en la calle o en el pasillo del edificio donde tiene su apartamento. “Para negarse a jugar se debe estar frente a la mesa de juego”. Nada altera su ritmo de vida ni tampoco nada estaría cerca de hacerlo. Después de tomar sin importancia la muerte de su madre, nada podría alterar su estilo de vida.

Meursault no tiene responsabilidades, no tiene familia ni problemas personales, no siente simpatía por las causas impopulares. Aparentemente sólo bebe café *aut lait*. En realidad, vive la prudente y pacífica vida de un insignificante burócrata de cualquier parte y de un pequeño burgués francés. La previsión propia de la gente de su clase llega hasta el punto de que el personaje espera, según la recomendación del médico, a que transcurra cierto número de horas después del almuerzo antes de lanzarse al agua en el Mediterráneo. Su estilo de vida debería ser un buen seguro contra colapsos nerviosos, agotamiento mental, fallas cardíacas y, a *fortiori*, la guillotina.⁹²

Algo ocurre en el interior del protagonista, algo que lo hace semejante al emperador Calígula, quien manda asesinar por simple diversión: han comprendido que el mundo se ha vuelto espeso y que en realidad nada tiene sentido porque nunca lo tuvo. Las seguridades son solamente ilusiones que el tiempo y la repetición constante de ademanes han hecho creer que son necesarias:

⁹¹ Esta característica del protagonista permite declarar que no sólo posee una indiferencia frente a proyectos concernientes a las personas –familiares, conocidos–, sino frente a proyectos que pueden definirse como propios del mundo: formar parte del crecimiento de un negocio o de una empresa.

⁹² GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 30.

Un grado más abajo nos encontramos con lo extraño: advertimos que el mundo es “espeso”, entrevemos hasta qué punto una piedra nos es extraña e irreductible, con qué intensidad puede negarnos la naturaleza un paisaje. En el fondo de toda belleza hay algo inhumano, y esas colinas, la dulzura del cielo, esos dibujos de árboles pierden al cabo de un minuto el sentido ilusorio con que los revestíamos y en adelante quedan más lejanos que un paraíso perdido. La hostilidad primitiva del mundo llega hasta nosotros a través de los milenios. Un segundo después no lo comprendemos ya, porque durante siglos sólo hemos comprendido en él las figuras y los dibujos que poníamos previamente, porque en adelante nos faltan las fuerzas para emplear ese artificio.⁹³

Costumbres, tradición, convencionalismos, regularidades, promesas, nada tiene un sustento porque el mundo no obedece a los deseos del hombre. Es importante aclarar algo: esto no significa que se niegue aquellas situaciones en las cuales al desear algo aquello termine sucediendo. Lo que se quiere dar a entender es que difícilmente las cosas se ajustan en su totalidad a los deseos. Meursault deseaba seguir con su cotidianidad pero aunque lo anhele esto no sucedería si aparecen enfermedades, accidentes y todo aquello que ya se ha mencionado como ajeno a la voluntad del hombre. Este es precisamente otro de los puntos principales del Existencialismo Ateo, definir al hombre como *desesperación* en relación a su postura frente a los hechos que lo rodean y los actos que se realizan:

En cuanto a la desesperación, esta expresión tiene un sentido extremadamente simple. Quiere decir que nos limitaremos a contar con lo que depende de nuestra voluntad, o con el conjunto de probabilidades que hacen posible nuestra acción. Cuando se quiere alguna cosa, hay elementos probables. Puedo contar con la llegada de un amigo. El amigo viene en ferrocarril o en tranvía: eso supone que el tren llegará a la hora fijada, o que el tranvía no descarrilará. Estoy en el dominio de las posibilidades; pero no se trata de contar con los posibles sino en la medida estricta en que nuestra acción implica el conjunto de esos posibles. A partir del momento en que las posibilidades que considero no están rigurosamente comprometidas por mi acción, debo desinteresarme, porque ningún Dios, ningún designio puede adaptar el mundo y sus posibles a mi voluntad.⁹⁴

De este modo el protagonista ha entendido que la existencia carece de fundamento si se entiende por tal una especie de orden intrínseco al cual se referirían los sujetos para amoldar las situaciones que los rodean con aquello que desean (Dios, la moral, la propia historia). Análogamente, la madre asesina comprende que es inútil pedirle a un Dios que regrese el tiempo o reviva a su hijo,

⁹³ CAMUS, ALBERTO, *El mito de Sísifo*, p. 21.

⁹⁴ SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, p. 26.

pero también reconoce lo inútil que sería llorar o arrancarse los cabellos al recordar el cadáver. Del mismo modo el deseo de hacer sufrir a las personas por parte de Calígula tiene su límite en la muerte de aquellas. Aunque desee con todas sus fuerzas y emplee al máximo las capacidades de sus subordinados y utilice todos los recursos materiales al respecto, no puede comprar más tiempo de vida de los hombres para hacerlos sufrir un poco más.

Nuevamente aparece “una fractura” entre lo que un sujeto desea y las posibilidades reales que frente a él plasma el mundo. Aparece nuevamente el absurdo:

En este universo indescifrable y limitado adquiere en adelante un sentido el destino del hombre. Una multitud de elementos irracionales se ha alzado y lo rodea hasta su fin último. En su clarividencia recobrada y ahora concertada se aclara y se precisa la sensación de lo absurdo. Yo decía que el mundo es absurdo y corría demasiado. Todo lo que se puede decir es que este mundo es en sí mismo, no razonable. Pero lo que resulta absurdo es la confrontación de ese irracional y ese deseo desenfrenado de claridad cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del mundo. Es por el momento su único lazo. Uno el uno al otro como sólo el odio puede unir a los seres. Eso es todo lo que puedo discernir claramente en este universo sin medida donde tiene lugar mi aventura.⁹⁵

De esta cita se resalta la palabra “irrazonable”, la cual califica al mundo. Siguiendo las diversas argumentaciones mostradas se puede decir que significa que “no se puede hacer trato con el mundo”, lo que implica personas, animales, cosas, el clima, en suma, todo lo que rodea a los hombres. Se mentiría si se dijera que el hombre puede sentirse seguro porque conoce leyes provenientes de la ciencia para hacer, precisamente, del mundo un lugar familiar. Eso ya se ha descartado cuando se consideró junto con Camus que *un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar. Pero, por lo contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño.*⁹⁶

⁹⁵ CAMUS, ALBERT, *El mito de Sísifo*, p. 26.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 15.

CAPÍTULO 3

Meursault y *El malentendido*

3.1 Elegir un gran acto

El individuo presentado en *El extranjero* es aquel que se ha dado cuenta de la realidad de las cosas: nada le asegura al hombre su felicidad, pero de igual forma ningún acontecimiento es posible de catalogar como una tragedia. Meursault, a pesar de estudiar y prepararse, no pudo asegurarse ninguna otra vida con mayores comodidades que aquella que tiene ahora. De manera análoga, un acontecimiento específico –el fallecimiento de su madre– para él sólo es eso, un acontecimiento más, aunque para la sociedad tradicionalista se trate de un evento que para muchos resulta ser en verdad una gran tragedia. Por este tipo de sensibilidad específica tampoco se alegró cuando su jefe de oficina le comentó sobre la posibilidad de instalar una oficina en París. Así mismo, es comprensible el por qué no mostró gran convencimiento con la invitación de Raymond para salir juntos el día domingo. En realidad Meursault es quien se encuentra desencantado del mundo, de las cosas y de las personas, incluso de sí mismo. Es, como decían las páginas previas, el hombre ajeno a toda empresa humana. *La vida de este héroe es objetivamente triste y sórdida. El personaje es en verdad un pobre hombre; no tiene vida intelectual, ni amor, ni amigos; no siente interés por nadie ni tiene fe en nada. Su vida se limita a sensaciones físicas y a los baratos placeres de la moderna cultura de masas.*⁹⁷ Así es posible entender la desatención que el protagonista muestra respecto a su propia vida y a la de los demás. Existen ademanes o respuestas que a pesar de ser incómodos para la sociedad –como aquellas que le dio a Marie cuando le preguntaba si deseaba casarse con ella, pero también las emitidas respecto a la propuesta de su jefe– son, dígame de este modo, perdonables.

⁹⁷ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 41.

A pesar de esto hay otro tipo de decisiones y actos que son condenables desde su misma planeación aunque no llegasen a ser realizadas. Por ejemplo, un asesinato. Durante el fin de semana que se propuso para ir a una casa de playa con sus conocidos, Meursault es testigo de un acontecimiento que si bien es cierto no dependió de él de ningún modo sí logró hacerlo partícipe del mismo. Al llegar a la playa que era su destino, Marie, Meursault y Raymond fueron a visitar al amigo de éste último, Masson y a su esposa. Después de conocerse y platicar un poco tanto Marie como Meursault y su anfitrión fueron a nadar. Posteriormente llegó la hora del almuerzo, por lo cual regresaron a la casa de playa. Degustaron algunos platillos ligeros y un poco de vino. Posteriormente las mujeres comenzaron a limpiar el desorden mientras los hombres salían a pasear. Es durante este trayecto en la playa que acontece algo que cambiaría la vida del protagonista. Después de unos cuantos minutos los tres amigos ven dirigirse hacia ellos a dos árabes, uno de ellos es el hermano de la última amante de Raymond. Es obvio que algo pasará y que no se puede evitar: se da un enfrentamiento donde el vecino de Meursault es herido en un brazo y en la boca por un cuchillo que portaba su oponente. Después de un intercambio de golpes termina la riña. Posteriormente Masson acompañó a Raymond a visitar al médico de la zona mientras Meursault los espera en la casa de playa, al lado de las damas.

Después de un tiempo el herido llega con curaciones locales pero se encuentra enfurecido y decide salir nuevamente a la playa, aparentemente sabe dónde se encuentran los atacantes. Meursault no quiere dejarlo solo y lo acompaña. Caminan un poco y encuentran a sus adversarios quiénes están sentados de forma despreocupada. Quien lastimó a Raymond con un cuchillo mete su mano en una bolsa de su pantalón, el otro permanece sin alterarse. Raymond saca un revolver de su bolsillo y lo amenaza. Las cosas no pasan a más. El árabe que es apuntado no responde, por lo que Meursault le propone a su amigo que le dé el arma y usarla si es que el segundo árabe interviene entre una riña que es de dos.

Al parecer todo ha terminado y todos se retiran sin más altercados. Al regresar nuevamente a la casa de Masson, en lugar de tratar de regalarse, Meursault decide salir nuevamente para dar un paseo pero aún porta el revólver.

En su caminata –por obra del azar, es decir, de lo posible– encuentra al portador del cuchillo quien lo muestra para defenderse. No hay diálogo, sólo amenazas. El protagonista se siente seguro portando el arma de fuego por obvias razones. Esto es otro ejemplo del absurdo: un hombre tratando de defenderse de un revólver por medio de un cuchillo. Existe una ruptura entre el deseo que se persigue y el medio que se emplea para alcanzarlo. Es ilógico pensar que un cuchillo sirva de eficaz arma frente a una de fuego. Meursault, en parte por el malestar físico que le provoca el clima –mismo que posiblemente no le permitió pensar con claridad sobre lo que podía ocurrir de tomar una decisión– detona el revólver, pero no una ni en dos ocasiones, sino en cuatro.

Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para vomitar fuego. Todo mi ser se tensó y mi mano se crispó sobre el revolver. El gatillo cedió, toqué el pulido vientre de la culata y fue así, con un ruido ensordecedor y seco, como todo empezó. Sacudí el sudor y el sol. Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa donde había sido feliz. Entonces, disparé cuatro veces sobre un cuerpo inerte en el que se hundían las balas sin que lo pareciese. Fueron cuatro golpes breves con los que llamaba a la puerta de la desgracia.⁹⁸

Así termina la primera parte de *El extranjero*. La segunda parte es el recuento del juicio en contra de Meursault. Muchas personas están presentes pero en realidad quien lo acusa es la humanidad. Se juzga a un hombre no por lo que hizo, sino por lo que aparenta ser: un sujeto sin alteraciones emocionales. *Desde un punto de vista puramente textual, la condenación de Meursault casi no tiene relación con su crimen. Cada detalle del juicio presta apoyo a la conclusión de que los jueces sienten inquina por el asesino, no a causa de lo que hizo, sino a causa de lo que es,*⁹⁹ la amenaza para Occidente, para sus pilares, para aquellos sujetos

⁹⁸ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 62.

⁹⁹ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 30.

que desde pequeños han sido educados en las buenas costumbres y dentro de los convencionalismos.

Se trata de los seres para quienes la tradición es una regla de oro que se ha escrito incluso por voluntad divina para asegurar el óptimo funcionamiento de las diversas asociaciones. No se puede actuar por encima de las leyes ni mucho menos olvidándolas. Hacerlo es lo imperdonable no tanto por el daño causado, sino por todo lo que podría suceder.

Esta argumentación se entiende mejor cuando se tiene en cuenta que *el crítico Albert Maquet expresó muy bien esto cuando escribió: El asesinato del árabe es sólo un pretexto: más allá de la persona de acusado, lo que los jueces desean destruir es la verdad que él encarna.*¹⁰⁰ La pregunta obligada en este sentido es la siguiente: “¿de qué verdad se habla?”. Se ha comentado en varias oportunidades en las páginas precedentes que Meursault resulta incomprensible e incluso desconcertante para sus contemporáneos porque su forma de vivir dista bastante de los convencionalismos. Esto es peligroso para la normatividad vigente. Meursault no es un hombre como los demás. En otras palabras y empleando una fórmula básica y directa, “no es como debería ser”. Desde esta argumentación la moral es una serie de reglas que tienen como misión moldear al hombre. El ser humano debe seguir reglas para ser apreciado no por lo que es, sino por aquello que debería ser: educado y acorde a los convencionalismos.

El protagonista no es ninguno de los dos casos. Es una amenaza porque muestra con su vida que no es necesario seguir normas para habitar el mundo. Demuestra que es posible desenvolverse fuera de las formalidades, fuera de los modales y de la misma lógica: es impensable que un hombre no llore en el funeral de su madre, es impensable que alguien rechace una oportunidad para una vida más cómoda, es impensable tomar a la ligera el tema del matrimonio, es impensable

¹⁰⁰ GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, p. 30.

asesinar a alguien simplemente porque el sol parecía vomitar sus rayos, todo esto en una sola vida.

El juicio del cual es objeto Meursault no sólo se encuentra encaminado en demostrar qué tan culpable es de la muerte del árabe, sino que tiene como misión castigar a aquel hombre que no se rige por las mismas reglas –sentimentales, morales ni legales– acordes a todos los demás seres.

Se trata de un mal que debe exterminarse porque puede contagiar a más personas. Por eso es condenable, no por lo que hizo, sino por lo que es –como ha argumentado las citas de Girard–. Pero no sólo el tema del juicio es importante en la segunda mitad del texto. Lo es también la concepción que su protagonista posee de la existencia.

Condenado a muerte por sus actos y comportamientos Meursault espera paciente y relajadamente los hechos. Lo que a continuación pasará tampoco depende de su persona, un motivo más por el cual estar tranquilo. Sin embargo un capellán ha ido “a auxiliarlo” en tan penosa situación. El religioso se sorprende de la postura del condenado: no se arrepiente, ni siquiera piensa en hacerlo. No hay nada de qué arrepentirse. Las cosas han pasado y ya no se pueden modificar. La intención del confesor es hacerlo reconocer el error que cometió, pero su interlocutor renuncia a tan vana empresa. Resulta interesante darse cuenta de que en esta parte del relato se describen con lujo de detalle cada uno de los acontecimientos en los que forma parte el protagonista de *El extranjero*. Esto confirma su amor por este mundo. Es lo que le cuestiona el capellán que ha ido a su celda a convencerlo de que se arrepienta de su acto de forma incesante –haber asesinado a un árabe pero también no sentirse mal por sus acciones tan despreocupadas respecto a su madre– cuando lo visita por última vez: «¿Ama usted hasta este punto esta tierra?».¹⁰¹ Dicho amor tiene

¹⁰¹ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 121.

una consecuencia: este es el único mundo, no hay otro al cual se accede después de morir. Por lo tanto, nada debe preocupar al hombre mientras esté con vida.

Pero, ¿quién es Meursault? Se trata de un hombre trabajador, de un fanático de las películas, de un hombre al que le encanta nadar y que incluso pasea con la gente cuando se le invita. Es una persona que después de la muerte de su madre en un asilo ya no tiene alguna otra responsabilidad respecto a otras personas. La relación que guarda con Marie no es tan estrecha como para asegurar que existe un interés formal. Es un hombre discreto haciendo cosas discretas. Sus ademanes y sus costumbres son discretos, por lo cual se puede asegurar que se está frente a un personaje que puede aparecer en cualquier lugar. Es el prototipo del hombre ordinario, aquel que vive sin ser un protagonista en la sociedad, pero por lo mismo resulta aterrador para esta última que lo condena a la muerte: se parece tanto a cualquier que, efectivamente, puede ser cualquier, incluso el juez, los testigos, los amigos, la gente de la calle.

Desde este punto de vista Meursault representa un impulso que ha invadido a los hombres en todo momento. Aquel impulso que los puede dirigir a romper las normas establecidas. Pero, de igual forma, representa la tentación de faltar a las normas. El protagonista es doblemente peligroso: lo es por lo que ha hecho y también lo es porque inspira temor de que su situación se repita incluso después de su muerte. Él no pertenece a este mundo en el sentido de que no obedece los discursos que dirigen la vida así como los ademanes de los demás seres humanos. Es la duda encarnada, aquel cuestionamiento que trata de derrumbar lo establecido no sólo por el hecho de ser un discurso contrario al oficial, sino porque demuestra que es posible vivir de otro modo, sin dar explicaciones de sus actos a los demás. Por este motivo en su relato rara vez se aprecia a Meursault juzgando una acción o un acontecimiento. Ya ha quedado en claro que esto también se debe a que considera ajenos todos los acontecimientos, pero también porque muestra que la moral debe colocarse en duda, cuestionarse. Esto no se logra con ejemplos académicos, con teorías, sino con la práctica.

Ubicado desde la postura existencialista atea, Albert Camus ha colocado especial énfasis en la vida de sus protagonistas, en las decisiones que toman respecto al mundo, a las personas que los rodean y a ellos mismos. El caso de Meursault es importante porque se trata de un individuo que ha llevado al límite la sensación de desinterés, es decir, de nihilismo. Para este sujeto es lo mismo tener trabajo o no tenerlo, salir o quedarse en casa, matar o morir. No grita, no se enoja, no sonrío y sus decisiones no parecen preocuparlo. Ha decidido llevar una vida que apenas se ajusta a la de sus conocidos. Entabla pocas conversaciones. Él es un hombre absurdo y lo es porque no espera nada y sabe que nada posee importancia.

La moral para él es algo que puede pasarse por alto. Las lágrimas falsas o la tristeza fingida no van con él. No siente dolor alguno ni preocupación. Él conoce la verdad de la existencia: ningún acontecimiento posee importancia porque todo carece de fundamento. Esta es la postura nihilista en su máxima expresión resumida en “la muerte de Dios” previamente anunciada por Nietzsche.

Todos los argumentos mostrados anteriormente permiten entender por qué no duda en matar al árabe que ha lastimado a Raymond. No piensa en las consecuencias de este acto porque ha llevado al límite el desinterés. Al no llamarle la atención ninguna empresa humana coloca en duda la importancia de las mismas. Así mismo, minimiza el empeño de los actos humanos porque sabe que nada le garantiza la felicidad o la comodidad. Este es el hombre descrito en *El extranjero*, aquel que al parecer ha nacido en un mundo distinto. Él es la amenaza hacia todo lo establecido, pero al mismo tiempo es el hombre que realmente analiza y cuestiona las ideas de las sociedades para fomentar el análisis de las mismas. Es el sujeto que ha tomado distancia de todo lo que puede entenderse como establecido y socialmente aceptado, pero lo ha hecho no por medio de un acto violento –un asesinato–, sino únicamente con su actitud, con su aparición, con su sola existencia.

Durante el tiempo que se formula su juicio, Meursault es asegurado en una celda donde juega con las piedras que componen las paredes. Al personaje le preocupa más la comodidad de su cuerpo que aquella que le demandaría su alma –si es que en alguna parte del relato fuera necesaria apelar a ella–, incluso siente gran tranquilidad cuando considera que su caso no necesita de un Abogado porque se trata de un asunto sumamente sencillo. Pero, como lo comenta el Juez de Instrucción durante su primer encuentro, la ley se encuentra bien construida, por lo cual se le asigna uno a pesar de que no sea solicitado. La primera visita de su defensor fue al día siguiente de esta formalidad. A continuación se llevaron a cabo una serie de preguntas y, como el Abogado se había instruido respecto a la vida privada de Meursault por lo cual sabía del cercano deceso de su madre, una de las interrogantes era de esperarse: “¿sintió dolor el día del entierro de su madre?”.

La respuesta no fue directa por parte del acusado, sino que siguió después de unos argumentos que para el común de las personas resultarían alarmantes al grado que el Abogado le hizo jurar que nunca más repitiera lo que piensa frente a nadie, especialmente frente a los personajes claves que dirigirían el juicio. A continuación se muestra parte del relato correspondiente a la conversación llevada a cabo durante aquella primera visita.

Me preguntó si había sentido dolor ese día. Esa pregunta me sorprendió mucho y pensé que me habría sentido muy molesto de haber tenido que hacerla yo. Contesté, sin embargo, que había perdido la costumbre de interrogarme y que resultaba difícil informarle. Por supuesto que yo quería a mamá, pero eso no quería decir nada. Todos los seres mortales habían, más o menos deseado la muerte de los que amaban. Aquí, el abogado me interrumpió y dio muestras de una gran agitación. Me hizo prometer que no lo repetiría ni en la vista ni al magistrado instructor.¹⁰²

¹⁰² CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 69.

Si bien es cierto que a estas alturas del relato no sorprende la postura del protagonista de *El extranjero*, la firmeza de sus ideales y la franqueza de su expresión llaman la atención por su contundencia. No gasta el tiempo en delicadezas y es directo en su pensamiento.

Se diría que incluso emplea el lenguaje más básico que se pueda utilizar para cuestionar algunos de los pilares morales de Occidente. Es interesante el hecho de que no trata de justificarse. Simplemente dice la verdad. Al igual que Calígula en su correspondiente relato, Meursault sigue hasta el final su lógica. Si su cuerpo está cansado, entonces no tiene por qué aparentar algo que no siente. Precisamente esta parte del relato es la que puede considerarse como la más importante para al menos tratar de entender en forma más profunda el pensamiento de este sujeto: él no sólo encarna en absurdo, sino que además es su más claro ejemplo porque es el sujeto cuya vida no sólo se encuentra fragmentada respecto a un decorado o a su vida, sino respecto a todo el mundo. Hablar de Meursault no sólo es referirse al sujeto que solía ser un empleado de oficina en alguna parte de Argel y que ha perdido a su madre, que terminó asesinando a otro hombre y que se encuentra a punto de ser juzgado, en realidad Meursault es alguien más: puede ser cualquier hombre “que habla con la verdad”. El peligro para todo lo establecido y socialmente aceptado no aparece únicamente cuando uno se encuentra frente a un sujeto que muestra insensibilidad o que no muestra interés en las empresas humanas. El peligro para todo cuanto existe emerge de súbito cuando alguien actúa de acuerdo con la verdad, sin rodeos, de forma directa, sin maquillaje.

Esta especie de postura sincera ante la vida –que puede entenderse como violenta para la gran mayoría de las personas– queda más que clara cuando el protagonista declara algo que durante las primeras páginas de *El extranjero* ya se hacía notar, pero que posiblemente se confundía con un dato sin importancia en el relato. Se trata de algo que le confiesa a su Abogado, algo que afecta su toma de decisiones: su cansancio.

Le expliqué, sin embargo, que yo era de tal naturaleza que mis necesidades físicas alteraban con frecuencia mis sentimientos. El día que enterré a mamá, estaba muy cansado y tenía sueño. De modo que no me di cuenta de lo que pasaba. Lo que podía decir, ciertamente, es que hubiera preferido que mamá no hubiese muerto. Pero mi abogado no parecía contento. Dijo: «No es bastante».

Reflexionó. Me preguntó si podía decir que aquel día había reprimido mis sentimientos naturales. Dije: «No, porque es falso». Me miró de forma extraña, como si le inspirara un poco de repugnancia.¹⁰³

A pesar de que la postura del sujeto que ahora espera su juicio no es extraña, sí es difícil de contemplar en todo momento en una persona. Se trata de una especie de doble asombro o, mejor dicho, de un asombro conformado por dos momentos: el primero aparece cuando Meursault es sincero incluso en situaciones tales donde “se supone” que “ya está establecido cómo se debe reaccionar”, por lo cual no lleva a cabo su papel como actor; segundo, esta actitud no se presenta en ciertos momentos seleccionados, sino que es permanente, es su forma de vida. Nuevamente su actitud parece responder al planteamiento llevado a cabo en *El mito de Sísifo* por tarde de Camus: “¿se puede ser lógico hasta el final?”. Por el momento tres personajes le han respondido positivamente a su autor no con ideas o argumentos, sino con su forma de vida y su posterior señalamiento por parte de los demás individuos: la madre asesina de la puesta en escena *El malentendido*, el Emperador *Calígula* dentro de su relato homónimo y ahora Meursault en *El extranjero*. Estos personajes no han engañado a nadie, sino sólo se limitaron a ser sinceros, pensar, decir y obrar en la misma sintonía, sin miramientos ni modificaciones a sus planes. Ellos eligieron grandes actos.

¹⁰³ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 69.

3.2 La condena social

Previo al juicio público el detenido es llevado nuevamente ante a la oficina del Juez de Instrucción para la rutina previa. Su Abogado estaba retrasado, por lo que Meursault tenía la posibilidad de elegir esperarlo para responder a un cuestionamiento. Dijo que podía responder sin ayuda, por lo cual se procedió con el interrogatorio. La parte clave del mismo fue sencilla: “¿por qué esperó un par de segundos entre el primer y el segundo disparo que propinó al árabe?”. Esta es la interrogante que marca el inicio de toda una serie de acusaciones hacia el personaje. Toda la instrucción duró once meses.

Las últimas páginas de *El extranjero* narran los pormenores del juicio hacia Meursault, los intentos de su Abogado por salvarlo no sólo de la condena legal, sino también de los señalamientos de la sociedad y de los periodistas que han asistido para cubrir su caso. Sus vecinos, amigos y Marie están atentos y se sienten nerviosos al momento de declarar pero están ahí, presentes para mostrar apoyo a este sujeto tan peculiar. Los hechos también están ahí, en el pasado y no pueden modificarse. Es momento de juzgar y todo está preparado para ello. Pero lo que llega a incomodar al acusado es el hecho de que situaciones como el no haber querido ver a su madre antes de sellar su ataúd, beber café con leche durante el velorio, fumar un cigarrillo, no haber llorado en el entierro, salir a nadar al día siguiente, tener una cita con Marie y ser amigo de un proxeneta sean las que al parecer resaltan más que el hecho de haber matado a un hombre. Efectivamente, se le comienza a juzgar equiparando la monstruosidad de su indiferencia ante el mundo con la muerte de un hombre. Ambos elementos son peligrosos para la sociedad: *Durante las intervenciones del fiscal y de mi abogado, puedo decir que se habló mucho de mí, tal vez más de mí que de mi crimen. ¿Eran, en todo caso, tan diferentes esos*

*alegatos? El abogado levantaba el brazo y reconocía la culpa, pero con alegatos. El fiscal tendía sus manos y denunciaba i culpabilidad, pero sin atenuantes.*¹⁰⁴

Equiparar su vida y su delito es en verdad importante. Se está juzgando a aquel a quien todos miran con horror y sorpresa, aquel que desde el principio del juicio no deseaba un Abogado porque para él su caso era en verdad sencillo. Pero, contrario a esto, se le ha proporcionado una defensa no por humanidad ni tampoco porque la ley lo obligara a ello, sino porque se desea castigarlo sin lugar a ninguna duda en su caso, para garantizar por todos los medios que este sujeto es una amenaza a todo lo establecido.

Las siguientes son las palabras del Fiscal y parte del relato:

«¿Ha dicho, al menos, que lo lamentaba? Nunca, señores. Ni una sola vez en el curso de la instrucción me pareció conmovido este hombre por su abominable crimen». Se volvió entonces hacia mí, me señaló con el dedo y siguió abrumándome sin que, en realidad, yo comprendiera bien por qué. Sin duda, no podía dejar de reconocer que tenía razón. Yo no lamentaba gran cosa mi acto. Pero tanto encarnizamiento me asombraba. Hubiera querido tratar de explicarle cordialmente, casi con afecto, que yo nunca había podido lamentar nada verdaderamente.¹⁰⁵

Nuevamente aparece su postura de indiferencia ante el mundo y todo lo que en él se encuentra. Como aquellos personajes con los cuales se le ha equiparado, lleva hasta el final su lógica no porque se lo ha propuesto en forma caprichosa, sino porque ese es el camino que eligió para su vida sin pretender dar cuenta de sus actos. Nunca pensó en las explicaciones que daría si seguía esta forma de existencia. Ni Calígula ni la madre asesina que administraba el hotel de paso pensaron en los argumentos que darían cuando llegaría el momento de ser juzgados. Meursault tampoco lo hace y esto horroriza más a sus semejantes. Pero, ¿en verdad es necesario tener razones para actuar de un modo u otro? ¿No se puede actuar siguiendo el momento? La respuesta de Albert Camus

¹⁰⁴ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 100.

¹⁰⁵ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 102.

es sencilla: si se hace, como en el caso del ahora juzgado, se puede llegar a matar a otro hombre porque molesta el sol.

Esta es la lógica llevada no al extremo ni a sus últimas consecuencias; se trata de la lógica simplemente aplicada, encarnada, la que logra fracturar la unión entre el hombre y el decorado que lo rodea. Es el absurdo.

Finalmente, después de que su Abogado realizara su papel de defensor y después de haber terminado oficialmente el juicio –en el cual todos los presentes, tanto los periodistas como los testigos, los gendarmes, el tribunal y el Presidente del Jurado estaban más atentos al caso que el propio Meursault–, se le pide al acusado y a su defensa que esperen en un cuarto continuo al principal.

Pasaron aproximadamente cuarenta y cinco minutos detrás de los cuales se les hizo llamar para escuchar una sola frase: “Se le decapitaría en una plaza pública en nombre del pueblo francés”. Después ordenaron llevarse a Meursault. El juicio había terminado. Ahora sólo habría que esperar la ejecución de la sentencia. El protagonista es llevado a otra celda distinta de la anterior, una más pequeña.

Finalmente se narra los últimos momentos de vida de este personaje. En ellos resalta su negativa de ser visitado en su celda por un Capellán. En realidad pasaba todo su tiempo deseando “estar atento al alba y que todo cambiara para que fuera absuelto”. De estas dos ocupaciones sólo la primera era la que dependía de él porque bastaba con dormir un poco en el día y parte en la noche para estar listo y no ser sorprendido por el amanecer. En cuanto al segundo, ni aunque sus deseos sean verdaderamente grandes y elocuentes podría llegar a suceder su indulto. Pero precisamente porque no era posible es por cual lo deseaba con gran ímpetu. En esto consistían sus días previos al último hasta que en una ocasión, sin que se le notificara previamente, fue visitado por el Capellán alegando que sólo se trataba de una visita de amistad. Meursault se sentía incómodo porque el religioso apelaba en todo momento al amor divino

mientras que él era un sujeto que –a estas alturas del relato– obviamente tomaba distancia del argumento religioso. Es verdad que el Capellán representaba dignamente su papel de administrador de la fe de los sujetos, pero también es cierto que Meursault no es en nada un hombre de fe si se entiende por esto a un sujeto que espera una vida después de esta. A la pregunta de « *¿No tiene, pues ninguna esperanza y vive con el pensamiento de que va a morir totalmente?*»¹⁰⁶ Responde, según su estilo, con un directo “Sí”. Pero conforme se va desarrollando la plática entre estos dos hombres algo hace enfurecer a Meursault. Posiblemente es la insistencia del Capellán a que su interlocutor acepte las verdades que, según él, hasta el peor criminal acata al final de su vida para ser salvado.

En realidad se trata del último análisis que Camus realiza de la cultura occidental, específicamente del argumento religioso. En el caso del condenado a muerte todo gira en torno a un deseo muy íntimo: ser indultado para volver a comenzar. Pero este deseo no se remite a un plano supra-terrenal ni a una vida distinta de esta. No se remite a Dios, sino a los hombres y a la concepción que tienen de él.

«¿Ama usted hasta ese punto esta tierra?», murmuró. Nada contesté. Permaneció de espaldas bastante tiempo. Su presencia me pesaba y me irritaba. Iba a decirle que se fuera, que me dejase, cuando gritó de pronto como en un estallido, volviéndose hacia mí: «No, no puedo creerle. Estoy seguro de que ha sentido alguna vez el deseo de otra vida». Respondí que era natural, pero que eso no tenía más importancia que el deseo de ser rico, de nadar con mucha rapidez o de tener la boca mejor hecha. Eran cosas del mismo orden. Pero él me interrumpió porque quería saber cómo imaginaba yo esa otra vida. Entonces le grité: «Una vida en que pudiera acordarme de ésta» e inmediatamente añadí que ya bastaba.¹⁰⁷

Al final reconoce que lo mejor habría sido mostrar dolor ante la pérdida de su madre, reconociendo como necesario acatar lo establecido aunque no se esté convencido. Pero esta actitud que asume no surge porque sea un mandato metafísico súbitamente incrustado en lo más profundo de su ser,

¹⁰⁶ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 119.

¹⁰⁷ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 121.

sino porque advierte que sólo así se puede vivir entre los hombres. Esto es lo que le deja la visita del religioso, lo que provoca su furia –desconocida hasta este momento– al grado de agredir a su visitante. Sólo hasta que los gendarmes los separaron es cuando el religioso se fue dejándolo reflexionando no sobre un plano posterior después de esta vida, sino sobre esta misma vida hasta que el sueño le ha ganado la batalla.

Como decía una de las citas de René Girard empleada anteriormente, en realidad sólo se trata de un hombre enamorado del sol. Se agregaría que también se encuentra enamorado de esta tierra, pero no de los convencionalismos. Él ha llegado a acceder al corazón del mundo.

Posterior a la visita del religioso, Meursault se sintió cansado y durmió un poco. Al despertar ya era de noche. Los aromas del momento y de la sal llegan en forma clara a su ser y cae en la cuenta de algo que había descuidado. Al fin había recordado a su madre y de súbito un nuevo dato lo invade.

Por primera vez, después de tanto tiempo, pensé en mamá. Creí comprender por qué al final de su vida se había echado un «novio», por qué había jugado a recomenzar. Allá, también allá, en torno a aquel asilo donde las vidas se extinguían, la noche era como una tregua melancólica. Tan próxima a la muerte, mamá debió de sentirse liberada de ella y dispuesta a revivirlo todo. Nadie, nadie tenía derecho a llorarla. Y también yo me sentía dispuesto a revivirlo todo.¹⁰⁸

Este sujeto que pareció durante todo el relato como un ser frío, insensible, ajeno a las empresas humanas que de lejos o de cerca le involucrarían, despreocupado del contexto, poco comprometido con la responsabilidad al final aparece en plenitud pero no en el sentido de que al fin comulga con los convencionalismos o los proyectos y se desespera porque se siente arrepentido. No, nada de eso. Aparece en plenitud en el sentido de mostrarse tan cual es: él es el deseo subjetivo en su máxima expresión. Se trata del deseo más profundo, íntimo y verdadero, pero que también reconoce a lo objetivo como su condición de aparición en el mundo.

¹⁰⁸ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 121.

Este último –lo objetivo– es reconocido no sólo como el impedimento para el cumplimiento de los deseos que surgen en el campo de lo subjetivo –lo que en su momento se ha definido como la fractura entre lo que se desea y aquello que aparece en el mundo, es decir, el absurdo–, sino como la condición de aparición de este último. El sujeto representado por Meursault desea lo imposible –ser perdonado por la justicia– del mismo modo como Calígula también desea lo imposible –la luna–, pero incluso la madre asesina de la puesta en escena *El malentendido* desea con todo su ser tener a su lado a su hijo asesinado. Se trata de sujetos que desean precisamente porque son sujetos, porque existen. Incluso se puede decir que existen porque desean.

Los deseos son, desde este punto de vista mostrado por Albert Camus, aquello que mueve a los hombres a realizar ciertos actos, a postergarlos, a darles seguimiento, a interrumpirlos, a modificarlos.

Es de este modo que al hablar de la obra *El extranjero* se puede decir que repentinamente su héroe experimenta una alineación absurda frente al mundo. Su sentimiento del absurdo nace del desnivel entre lo subjetivo y lo objetivo.¹⁰⁹ Sólo cuando realmente desea algo es cuando encuentra su lugar en el mundo. Toda su vida sólo interpretaba el papel que la sociedad le asignaba según la ocasión, pero sin comprometerse tanto. Por tal motivo asistió al entierro de su madre, pero sin llorar; análogamente convive con Marie, pero sin comprometerse; realiza su trabajo, pero sin la intención de mejorar para no tener más responsabilidades; aconseja a sus amigos, pero sin estar al pendiente de lo que hacen. Meursault es lo subjetivo que en ocasiones coquetea con lo objetivo pero sin desear tenerlo frente a frente hasta que se reconoce como tal, como lo subjetivo, es decir, como el deseo encarnado.

¹⁰⁹ DE LA TORRE, GUILLERMO, *Ultraísmo. Existencialismo y Objetivismo en Literatura*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1968, p. 230.

En otras palabras, Meursault al final de la obra se reconoce como el absurdo no sólo porque encuentra un abismo entre su deseo de ser libre y la realidad, sino porque desea no sólo lo imposible, sino por el hecho de que el acto de desear es ya por sí sólo esperar obtener aquello que no se tiene. Esto permite comprender un argumento de Calígula en un diálogo que tiene con el personaje Helicón:

HELICÓN (*de un extremo a otro del escenario*). – Buenos días, Cayo.

CALÍGULA (*con naturalidad*). – Buenos días, Helicón.

(*Silencio*)

HELICÓN. – Pareces fatigado.

CALÍGULA. – He caminado mucho.

HELICÓN. – Sí, tu ausencia duró largo tiempo.

CALÍGULA. – Era difícil de encontrar.

HELICÓN. – ¿Qué cosa?

CALÍGULA. – Lo que yo quería.

HELICÓN. – ¿Y qué querías?

CALÍGULA (*siempre con naturalidad*). – La luna.

HELICÓN. – ¿Qué?

CALÍGULA. – Sí, quería la luna.

HELICÓN. – ¡Ah! (*Silencio. HELICÓN se acerca.*) ¿Para qué?

CALÍGULA. – Bueno... Es una de las cosas que no tengo.

HELICÓN. – Claro. ¿Y ya se arregló todo?

CALÍGULA. – No, no puedo conseguirla.

HELICÓN. – Qué fastidio.

CALÍGULA. – Sí, por eso estoy cansado.¹¹⁰

Al igual que la señora Meursault, hacia el final de su vida el condenado a muerte no deja de desear volver a comenzar en esta tierra –la única para él– porque así debe ser no por convencionalismo –más de una persona se opondría a que los ancianos retomaran su vida amorosa– sino porque de ese modo es la existencia: absurda, es decir, un deseo permanente.

Y también yo me sentí dispuesto a revivirlo todo. Como si esa gran cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, ante esta noche cargada de signos y de estrellas me abría por vez primera a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí, tan frágil al cabo, sentí que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, no me queda más que desear en el día de mi ejecución la presencia de muchos espectadores que me acojan con sus gritos de odio.¹¹¹

¹¹⁰ CAMUS, ALBERT, *Calígula*, p 60.

¹¹¹ CAMUS, ALBERT, *El extranjero*, p. 124.

Lo dicho con anterioridad, existir es desear lo que no se tiene precisamente porque se carece de ello. Esta es quizá otra cara de la moneda llamada *absurdo*. En este sentido, en el siguiente apartado se explora esta observación retomando la puesta en escena *El malentendido*.

3.3 Sobre *El malentendido*

En el **CAPÍTULO 1** se abordó lo correspondiente a aquellos elementos que orillarían a un hombre a decidir suicidarse. En el recuento mostrado se colocó especial énfasis en aquellas situaciones que contradicen la normatividad a la cual se está acostumbrado, tales como los casos donde la muerte de un hijo o una hija “contribuye” a minar el ánimo de una madre o de un padre.

Así mismo, haciendo alusión a la obra de teatro *El malentendido* y diversos puntos de *El mito de Sísifo* se mostraron diversos elementos que permiten fundamentar un punto de vista a partir de la filosofía de Albert Camus. Por tales motivos se puede mostrar a continuación un breve análisis acerca de una puesta en escena que representa en gran medida varios de los puntos y elementos centrales en el pensamiento filosófico de Albert Camus.

La obra teatral *El malentendido* comienza con el diálogo entre una madre y su hija respecto a los negocios de un hotel que administran. Como es probable, un sujeto ha ido a ver el lugar para decidir si era de su agrado y de esa forma posiblemente rentar una habitación.

LA MADRE. – Volverá.

MARTA. – ¿Te lo dijo?

LA MADRE. – Sí.

MARTA. – ¿Solo?

LA MADRE. – No sé.

MARTA. – No tiene aspecto de hombre pobre.

LA MADRE. – No se ocupó del precio.

MARTA. – Está bien. Pero es raro que un hombre rico ande solo. Y eso es lo que dificulta las cosas. El que sólo se interesa en hombres ricos y a la vez solitarios, se expone a esperar mucho tiempo.

LA MADRE. – Sí, las ocasiones son escasas.

MARTA. – Lo cierto es que todos estos años hemos tenido largas vacaciones. Esta casa está muchas veces desierta. Los pobres no se detienen por mucho tiempo y los ricos que se extravían sólo vienen de tarde en tarde.

LA MADRE. – No te quejes, Marta. Los ricos dan mucho trabajo.

MARTA. – Pero pagan bien.¹¹²

Ambas mujeres son las administradoras de un hotel en algún lugar del mundo. Las novedades, si es que se puede hablar con esta terminología, son los huéspedes ricos. El lector de la obra sabe que las protagonistas prefieren a este tipo de clientes no por el derroche económico en el hotel, sino porque al asesinarlos sus pertenencias –al no ser escasas– dejan una gran sensación a sus victimarias. Continuando con el relato, Marta le recuerda a su cansada madre que sus acciones están por terminar debido a que si consideran ahorrar el suficiente dinero pueden salir de este modo de vida:

MARTA. – ¡Ah, madre! Cuando hayamos juntado mucho dinero y podamos irnos de esta tierra sin horizontes, cuando dejemos atrás este albergue y esta ciudad lluviosa y olvidemos este país de sombra, el día que por fin estemos frente al mar, con el que tanto he soñado, ese día me verá sonreír. Pero hace falta mucho dinero para vivir libre frente al mar. Por eso no hay que tener mucho miedo a las palabras. Por eso debemos ocuparnos del que vendrá. Porque si es bastante rico, quizá mi libertad empiece con él.

LA MADRE. – Si es rico y está solo.

MARTA. – Y si está solo, claro, porque el hombre solo es el que me interesa. ¿Le habló mucho, madre?¹¹³

El viajero del cual se habla es uno que ya se conoce, su hijo y hermano respectivamente. Pero, ¿qué lo ha llevado a tal situación? Si es un hombre quien desde muy joven se ha alejado de ellas y ahora se presenta frente a la madre y esta no lo ha reconocido, esto indica que han pasado bastantes años. Se puede especular y decir que se trata de un sujeto que por azares de la vida –los únicos válidos para Camus– se alejó del seno familiar, probó fortuna y ahora –al parecer– regresa con una buena posición económica. La madre, al saber perfectamente lo que debe hacer si dicho hombre regresa a rentar una habitación –sumado al hecho de no reconocerlo y que además éste ha decidido no identificarse para

¹¹² CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p. 9.

¹¹³ *Ibidem*, p. 10.

darle una sorpresa a su madre y hermana—, prefirió hacer a un lado el buen trato cuando estuvieron frente a frente.

MARTA. — ¿Con qué cara le pidió la habitación?

LA MADRE. — No sé. No veo bien y apenas lo miré. Sé, por experiencia, que es preferible no mirarlos. Es más fácil matar lo que no se conoce. (*Pausa*) Alégrate: ahora no tengo miedo a las palabras.

MARTA. — Es mejor así. No me gustan las alusiones. Es crimen es el crimen, hay que saber lo que se quiere. Y me parece que usted lo sabía, hace un rato, porque pensó en él cuando respondió al viajero.

LA MADRE. — No sería justo decir que lo pensé, pero la costumbre es una gran fuerza.

MARTA. — ¿La costumbre? Usted mismo lo dijo: las ocasiones han sido pocas.

LA MADRE. — Sin duda. Pero la costumbre empieza con el segundo crimen. Con el primero no empieza nada: termina algo. Y además, si bien las ocasiones fueron escasas, se distribuyeron con largos intervalos y el recuerdo fortificó la costumbre. Si, la costumbre me impulsó a responder a ese hombre, me advirtió que no lo mirara, y me aseguró que tenía cara de víctima.¹¹⁴

Basta pensar en dos actos similares para que el hombre común considere que se encuentra frente a una rutina, algo que puede convertirse en costumbre precisamente porque no se encuentra acostumbrado a explorar nuevos horizontes. Desde esta perspectiva, las dos mujeres del relato representan al sujeto que se encierra en una especie de zona de comodidad, viviendo en forma pasiva únicamente esperando que los cambios se presenten a su alrededor sin intervenir en ellos. Este es el motivo por el cual el escenario de esta obra de teatro es un hotel, un espacio público donde prácticamente no se decide cómo será el siguiente cliente. Pero, como recién se ha comentado, si algo llama la atención de los personajes existencialistas son los aspectos de la realidad que sí dependen de ellos. No se puede elegir al siguiente visitante pero sí se puede elegir asesinarlo, cosa que Marta y su madre saben perfectamente.

MARTA. — Habrá que matarlo.

LA MADRE (*más bajo*). — Sin duda, habrá que matarlo.

MARTA. — Lo dice usted de manera rara.

LA MADRE. — Estoy cansada, es la verdad. Y me gustaría que por lo menos éste fuera el último. Matar es terriblemente fatigoso. Y aunque poco me preocupa morir frente al mar o en el centro de la llanura, quisiera que después nos marcháramos juntas.

¹¹⁴ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p.11.

MARTA. – ¡Nos marcharemos, será un gran momento! Anímese, madre, hay poco que hacer. Bien sabe que ni siquiera es cuestión de matar. Beberá el té, se dormirá, y, vivo todavía, lo llevaremos al río. Mucho después lo encontrarán pegado a la repesa, junto con otros que no tuvieron su suerte y se tiraron al agua con los ojos abiertos. El día que asistimos a la limpieza de la represa, usted me lo decía, madre: los nuestros son los que menos sufre; la vida es más cruel que nosotras. Anímese, usted encontrará el descanso y yo veré, por fin, lo que nunca he visto.¹¹⁵

Lo que a continuación se narra es la llegada del hijo y hermano de ambas mujeres al inmueble. Su nombre es Jan, quien es dejado discretamente por su esposa llamada María, quien no se encuentra para nada contenta con la idea de su esposo. A pesar de esto el plan del hombre continúa, se hospeda bajo un nombre falso llenando un breve formulario frente a las dos mujeres con quienes breve y fríamente conversa. Posteriormente se dirige a su habitación para al poco rato ser visitado por Marta quien le llevó un té que según ella había sido ordenado por su aún no reconocido hermano. Charlan un poco:

JAN. – ¿Qué es esto?

MARTA. – El té que usted pidió.

JAN. – Pero si yo no pedí nada.

MARTA. – ¿De veras? El viejo habrá oído mal. Muchas veces entiende a medias Pero ya que el té está servido, supongo que lo tomará (*Deja la bandeja sobre la mesa. JAN hace un ademán.*) No se le cargará a la cuenta.

JAN. – No, no es eso Pero me alegra que traiga té.

MARTA. – Le aseguro que no hay por qué. Lo hacemos por interés.

JAN. – Usted no quiere dejarme ilusiones. Pero no veo dónde está su interés en todo esto.

MARTA. – Sin embargo lo hay. (*Sale*)¹¹⁶

Ahora es el turno de la madre que entra para asegurarse de que el acto se ha consumado. Entabla una conversación interesante con el hijo que no ha reconocido, quien a su vez continúa encarnando el papel de desconocido:

JAN. – ¡Señora!

LA MADRE. – Diga...

JAN. – Vuelvo a pedir disculpas. Acabo de tomar una decisión: creo que me marcharé esta noche, después de la cena. Naturalmente, le pagaré el cuarto. (*Ella lo mira en silencio.*) Comprendo su sorpresa. Pero no vaya a creer que usted tiene la culpa de nada. Me inspira usted simpatía y, hasta diría, una gran simpatía. Pero, para ser sincero, no estoy cómodo aquí y prefiero no prolongar mi estada.

¹¹⁵ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p.11.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 32.

LA MADRE. – No tiene ninguna importancia, señor. En principio es usted enteramente libre. Pero de aquí a la cena, quizá cambie de idea. A veces se obedece a la primera impresión y después las cosas se arreglan y uno termina por acostumbrarse.

JAN. – No lo creo, señora. Sin embargo no se imagine que me voy descontento de usted. Por el contrario, le estoy muy agradecido por haberme acogido como lo hizo, pues me pareció sentir en usted cierta benevolencia para conmigo

LA MADRE. – Era muy natural, señor, y como supondrá, no tenía razones personales para demostrare hostilidad.¹¹⁷

Jan ya ha tomado la taza de té envenenada y observa a su madre salir del cuarto, se siente cansado y mientras se recuesta en la cama piensa que al día siguiente regresará con su esposa para presentarse ante su madre y su hermana. Obviamente esto no sucede. Han pasado unos minutos y las mujeres regresan para buscar las pertenencias ahora sin dueño. La historia da un giro sorpresivo para ellas cuando después de limpiar el cuarto el anciano que las ayuda le muestra el Pasaporte de su huésped a Marta y ésta lo extiende hacia la madre.

MARTA. – ¡Qué importa! Hoy es un gran día. Viejo, fíjate, al pasar dejamos caer los papeles del viajero y nos faltó tiempo para recogerlos. Búscalos.

(LA MADRE sale. EL VIEJO barre debajo de una mesa, saca el pasaporte del hijo, lo abre, lo examina y lo tiende, abierto, a MARTA.)

MARTA. – De nada me sirve. Guárdalo. Quemaremos todo (EL VIEJO sigue tendiendo el pasaporte. MARTA lo toma.) ¿Qué hay?

(EL VIEJO sale. MARTA lee largamente el pasaporte, sin una reacción Llama con voz aparentemente tranquila.)

MARTA. – ¡Madre!

LA MADRE (desde dentro). – ¿Qué quieres ahora?

MARTA. – Venga.

(LA MADRE entra. MARTA le da el pasaporte.)

MARTA. – ¡Lea!¹¹⁸

Sin inmutarse, la madre emite unas palabras que recuerdan la definición del término absurdo en el sentido de que es “una fractura” entre el actor y los decorados, entre el hombre y su vida, pero que también recuerda la actitud de indiferencia hacia el mundo por parte de Meursault:

LA MADRE (Con voz neutra). – Bueno, bien sabía yo que alguna vez pasaría esto y que entonces habría que terminar.

MARTA (Se planta delante del mostrador). – ¡Madre!

¹¹⁷ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p. 34.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 42.

LA MADRE (*En el mismo tono*). – Deja, Marta, ya he vivido bastante. He vivido mucho más tiempo que mi hijo. Eso no está dentro de lo natural. Ahora puedo ir a reunirme con él al fondo del río donde las hierbas ya le cubren el rostro.

MARTA. – ¡Madre! No me dejará usted sola, ¿verdad?

LA MADRE. – Me has ayudado bastante, Marta, y lamento abandonarte. Si todavía tiene sentido, diré que a tu manera has sido una buena hija. Siempre me has guardado el respeto debido. Pero ahora estoy cansada y mi viejo corazón, que se creía despegado de todo, acaba de recordar el dolor. Ya no soy joven para arreglármelas. Y de todos modos, cuando una madre no es capaz de reconocer a su hijo, su papel en la tierra ha terminado.¹¹⁹

La relación entre el absurdo y el suicidio se encuentra también presente en este apartado de *El malentendido*. De manera análoga a Meursault y a Calígula, cuyos actos los dirigen a su muerte por voluntad propia, la anciana madre ha reconocido esta misma relación entre lo absurdo de su vida y la solución que el suicidio le presenta. Aún tiene a su hija, pero –como reconoce la anciana–, al reconocer que “lo natural” ha dejado de estar presente en su mundo, es decir, que ha vivido más que su hijo, ya nada tiene sentido. Incluso se acostumbró a los homicidios porque existía regularidad en ellos. Es posible decir que los procedimientos para las muertes siempre eran los mismos, sobre todo si se recuerda que una mujer anciana, una mujer de mediana edad y un viejo mozo llevaban a cabo dicho proceder aparentemente sin dificultad alguna. Pero ahora que “algo ha fracturado” su vida, la madre sabe lo que debe hacer y responde a su pregunta personal de si vale o no la pena vivir. Su hija le reprocha diciéndole que no responda en forma personal a dicho cuestionamiento porque se encuentra ella –Marta– a un lado y también cuenta, pero nada hace cambiar de parecer a aquella mujer que mató a su propio hijo. Poco importa a estas alturas del relato la culpa del propio hijo al no presentarse como la tradición indica, de frente. La hija trata inútilmente de convencer a su madre de que a pesar de la muerte de su otro hijo aún la tiene a ella, razón según ella más que suficiente para que la anciana no decida suicidarse.

MARTA. – ¡Madre! No me dejará usted sola, ¿verdad?

LA MADRE. – Me has ayudado mucho, Marta, y lamento abandonarte. Si todavía puede tener sentido, diré que a tu manera has sido una buena hija. Siempre me has guardado el

¹¹⁹ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p. 42.

respeto debido. Pero ahora estoy cansada y mi viejo corazón, que se creía despegado de todo, acaba de recordar el dolor. Ya no soy joven para arreglármelas. Y de todos modos, cuando una madre no es capaz de reconocer a su hijo, su papel en la tierra ha terminado.

MARTA. – No, si la felicidad de su hija está por hacerse. Y tanto como yo misma, se desgarran mis esperanzas al oír esa manera de hablar, en usted, que me enseñó a no respetar nada.

LA MADRE (*Con la misma voz indiferente*). – Eso prueba que en un mundo donde todo puede negarse, hay fuerzas innegables, y que en esta tierra donde nada es seguro, tenemos nuestras certidumbres. (*Con amargura*) El amor de una madre a su hijo es ahora mi certidumbre.¹²⁰

Esto quiere decir que a pesar de centrarse en la muerte de un hijo y de su contemplación por parte de la madre, en realidad el presente trabajo se centra en el reconocimiento por parte del hombre de que las costumbres con las cuales vive son ilusiones –como ya se había comentado– y que por el sólo hecho de estar atenido a ellas es propenso a un buen día reconocer lo cómico de las mismas. Esta es también la antesala a la opción del suicidio: *morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento.*¹²¹ Este argumento también es válido respecto a las creencias religiosas porque recuerda que son sólo eso, creencias, no seguridades estables que pueden consolar el corazón de una madre que ha perdido a su hijo y que por lo tanto ahora son reconocidas como insuficientes no sólo para explicar los actos que suceden, sino también para otorgarle un sentido a la vida. Así, en la filosofía de Albert Camus cualquier idea de fundamento para la existencia es inútil debido a que se pierde su fundamento como se ha mostrado.

La madre sabe que los hechos se encuentran ahí, plasmados, realizados, frente a los hombres y en vano la muerte del familiar o de un ser querido –incluso de un desconocido– cambiará o se anulará por rezo alguno. Esto permite entender de forma más clara la postura de la madre que ha asesinado a su hijo simplemente porque no lo ha reconocido. Se recordará que el absurdo también

¹²⁰ CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p. 44.

¹²¹ *Ibidem*, p. 15.

puede ser abordado como el resultado entre la relación de un deseo humano y aquello que el mundo ofrece.

Marta, la hija que implora por olvidar todo e ir a contemplar el mar siente en carne propia esa ruptura entre su deseo más íntimo y aquello que se le muestra en el mundo:

LA MADRE. – Continué, es cierto. Pero las cosas que viví de ese modo, las viví por costumbre: no hay diferencia con la muerte. Ha bastado el dolor para transformarlo todo. Eso es, justamente, lo que mi hijo vino a cambiar.

(MARTA *intenta hablar.*)

Lo sé, Marta, no es razonable. ¿Qué significa el dolor para una asesina? Pero ya lo ves, no es un verdadero dolor de madre: todavía no he gritado. No es sino el sufrimiento de renacer al amor, y sin embargo resulta superior a mis fuerzas. Sé además que este sufrimiento tampoco es razonable y buen puedo decirlo, yo que lo he probado todo, desde la creación hasta la destrucción,

(Se dirige decidida hacia la puerta, pero MARTA se le adelanta y le cierra el paso.)

MARTA. – No, madre, usted no me abandonará. No olvide que yo me quedé y él se marchó, que me tuvo usted a su lado toda una vida y él la dejó en el silencio. Eso hay que pagarlo. Eso tiene que entrar en la cuenta. Y usted debe volver a mí.

LA MADRE. – ¡Es cierto, pero a él lo he matado!¹²²

Al igual que el conserje del asilo de Marengo, quien cuida los más minuciosos detalles del velorio de la señora Meursault, Marta reclama los convenios no escritos –pero que se han respetado– de la tradición, de la propia costumbre. A pesar de esto un acontecimiento se encuentra “ahí”, frente a ellos: la muerte. Se trata de algo que no se puede cambiar, que a pesar de que se le trate de evadir siempre se encuentra latente, pudiendo aparecer a la vuelta de la esquina, tomando vocabulario de *El mito de Sísifo*. Pero a pesar de esto es posible mencionar que basta únicamente con el hecho de que “se rompa la naturalidad” de los hechos, su regularidad, su cotidianidad, para acceder a esta visión del mundo ya reconocida y fomentada por el Existencialismo Ateo.

En el caso de *El extranjero*, el deceso de la madre del protagonista brinda la oportunidad de conocer qué tan arraigado es el sentimiento de amor por parte de este último, sólo que se realiza una valoración que proviene de las costumbres

¹²² CAMUS, ALBERT, *El malentendido*, p. 43.

hechas para tal caso, mientras que en la obra *El malentendido*, a pesar de las obvias variaciones en el relato, sucede prácticamente lo mismo, esto debido a que se puede resumir buena parte de la trama del relato en la siguiente cuestión: “¿la madre ama más a su hijo muerto o a su hija viva?”. La tradición, las costumbres o aquella tabla de valores que en más de una ocasión suele emplearse como parámetro de medición en casos como los presentes sirven para tal propósito. De este modo tanto para los ancianos como para el conserje y el propio Director del asilo resulta tan molesto ver a un hijo que no se inmuta al contemplar frente a sí el féretro de su madre como del mismo modo los lectores del *El malentendido* se sienten confundidos –incluso molestos– al ver que la madre asesina valora como más preeminente lo que representa su hijo muerto que aquello que le puede ofrecer la hija viva. En este punto se retoma una serie de cuestionamientos que de uno u otro modo ya han sido formulados en los capítulos precedentes: “detrás del malestar que en forma clara se ha generado en los espectadores del asilo y en los lectores de la puesta en escena, ¿sólo se encuentra eso, es decir, malestar? O, por el contrario, ¿existe algo más al respecto?”.

Meursault nada junto con una mujer que le atrae, se divierten, van al cine y tienen intimidad al día siguiente del entierro de su madre. En cierto momento ella nota su corbata negra. Le pregunta si está de luto. Él responde afirmativamente y continúan disfrutando sin más de la compañía uno del otro. Todo acontece sin mayor problema para el protagonista, sólo que las personas que lo frecuentan comienzan a darse cuenta de que no reacciona “como debería” porque suele emplear su tiempo sin atender un hecho que para todos sería digno de atención. Ha perdido a su madre pero no se ha inmutado. En otras palabras, se puede decir que para él nada hay de diferente en su vida. Y en el fondo esto es lo que en realidad desea.

Por su parte, Marta han elegido ya su camino y ningún acontecimiento –ni la muerte de su madre ni de su hermano– pueden cambiarlo. En ambos casos

desean que “nada” se interponga en el camino que se han designado para, de forma cómoda, ver pasar el tiempo. A pesar de esto los convenios establecidos les reclaman ser castigados porque no pueden vivir de ese modo.

La sociedad le reclama en su juicio a Meursault su falta de dolor hacia la pérdida de su madre; la anciana madre le indica a Marta que por haber matado a su hijo “debe irse”. Los convencionalismos aparecen no como suelen hacerlo en la cotidianidad, sino que irrumpen súbitamente en ambos relatos. En su defensa es posible argumentar que Meursault es un personaje que considera como ajeno a su persona todo lo que ocurra tanto en el mundo como en las personas, es decir, en la existencia. Ni el mundo ni las demás personas dependen de él como el clima en su momento. No son su responsabilidad y no tiene por qué dar cuentas al respecto. Por tal motivo las mujeres asesinas de *El malentendido* actúan en forma natural frente a un acto que escandaliza a cualquiera: los asesinatos.

Ellas tampoco justifican su conducta, sólo se limitan a recordar el objetivo último de todo eso: ir a descansar al mar. Esto permite decir –siguiendo la postura de Camus– que en el caso de las mujeres ellas no tuvieron la culpa de que su familiar llegara sin presentarse. Bajo este punto de vista tanto Meursault como ellas no tienen culpa alguna, fue el propio mundo que presentó las situaciones ya conocidas, algo ajeno a la voluntad de los protagonistas. Análogamente Calígula no pudo cambiar la forma en la cual los Patricios se referían a él y terminó ordenando miles de asesinatos. Basta tener un mal día para matar, pero también para pensar en el suicidio y cometerlo.

CONCLUSIONES

Después de finalizar la redacción del presente trabajo es posible mostrarle al lector los puntos a los cuales se ha llegado. Es importante mencionar –como ya se hizo desde la **INTRODUCCIÓN**– que no se pretende emitir la última palabra al respecto así como tampoco mostrar puntos definitivos sobre los temas analizados. Aquello que realmente se pretende es resumir en forma clara y directa los puntos que han sido mostrados. Es evidente que esto no excluye de hacer clasificaciones, por ejemplo, respecto a la importancia de un tema sobre otro o de una situación sobre otra. Por ejemplo, se trató de dejar en claro desde las primeras líneas que para Albert Camus el único y verdaderamente problema serio de la Filosofía es “¿vale o no la pena vivir?” y que únicamente después de responder se debe establecer una relación entre lo que se dice o piensa con lo que se hace. Nada adquiere sentido si antes no se ha respondido a esta cuestión, pero también todo lo demás será abordado cuando se responda.

A través de todo el texto también se trató de mostrar que “comenzar a pensar es comenzar a ser mimado” en el sentido de que cuando un sujeto reflexiona sobre el valor de su vida también realiza una especie de valoración de los actos que ha realizado. En este punto es necesario recordar que a Camus se le relaciona generalmente con el Existencialismo, corriente filosófica donde los deseos no cuentan, sino únicamente las acciones, es decir, lo que realmente se ha hecho. De esta manera el sujeto que reflexiona experimenta una especie de desencanto de la existencia, reconociendo aquello que se ha definido como “fractura” entre lo que se desea y lo que se tiene. Efectivamente, la existencia es absurda porque bastan pequeños actos o acciones breves para reconocer que los hombres únicamente viven bajo ademanes porque así lo ha permitido la costumbre. Vivir en un mundo seguro consuela –como ya también se ha mostrado– pero, una vez que se ha reconocido “el teatro que la vida representa”, los sujetos pueden optar por dejar de representar su papel, lo que a la postre los convertirá –se ha visto hasta el cansancio– en amenazas para la sociedad.

No basta únicamente con comenzar a reflexionar en forma personal para abordar la cuestión de si la vida de cada uno de los sujetos vale o no la pena de seguir, sino que incluso un único acontecimiento que afecta a una sociedad basta para que sus miembros “sean mimados”, intelectualmente hablando. Uno de los ejemplos universales por excelencia es la Segunda Guerra Mundial, acontecimiento que por un lado también mostró en forma clara la fragilidad de la existencia; mientras que por otro, permitió entender que es necesario dudar de lo establecido por más seguro parezca. Los enfrentamientos bélicos y sus consecuencias (muerte, hambre, destrucción, traiciones, etc.) afectaron –como nunca antes había sucedido– el ánimo de la humanidad a tal grado que es más comprensible lo que se ha definido como “la falta del fundamento”. Los argumentos metafísicos, lógicos y morales fueron colocados en una encrucijada cuando, literalmente, fueron superados por los actos humanos. Era necesaria la duda frente a todo lo anteriormente establecido porque no había detenido el horror de la época pero, al mismo tiempo, era además porque una postura que permitiera generar ánimo en los hombres era y es necesaria. Este es el periodo de “Post-guerra”, donde la corriente existencialista aparece y le otorga todo el peso de su ser al propio hombre, específicamente el denominado Existencialismo Ateo.

Solo los actos cuentan, Dios es hecho a un lado y la responsabilidad de su existencia recae únicamente en el hombre. Sin fundamento y reconociendo que la existencia es frágil, el sujeto descrito por Camus entiende que su condición es la de un extraño en el mundo, sin orientación ni guía salvo aquella generada por sus propias acciones. El suicidio aparece cuando no se reconoce el sentido de la vida o, cuando frente a dicho escenario, un hombre ha sido “superado” por ella, tal como lo menciona Camus en *El mito de Sísifo*, porque ha aparecido el *absurdo*. La lógica no sirve de mucho porque bien empleada también dirige al suicidio.

Este es el sujeto descrito en las obras del pensador francés: uno que se encuentra desprotegido no porque no tenga armas o ropa, sino porque ha contemplado al *absurdo* y ha reconocido a la existencia tal como es: sin fundamento.

Así mismo, el protagonista de *El extranjero* muestra con su propia vida que ésta y la de todos carecen de sentido. No declara nada al respecto sino con sus propios actos y ademanes, mismos que “chocan” con las costumbres y, por supuesto, con lo establecido. Basta decir una palabra contraria a la esperada –un “No” en lugar de un “Sí” –, incluso hacer lo que no se espera–“Ir al cine un día después de enterrar a un madre”– para que un hombre comience a ser considerado como un extraño e incluso una amenaza en potencia para todo lo que le rodea. Meursault entierra a su madre y este hecho le incomoda, pero no porque sienta su pérdida, sino porque su vida –sea considerada como modesta o no– se verá fuera de su rutina, algo que le ha brindado seguridad en este mundo, el cual en sí mismo, –al menos para él– no tiene sentido. Después de todo lo mostrado anteriormente se puede declarar una vez más que él ha visto lo absurdo de la existencia y que en lugar de terminar su vida ha optado simplemente por representar su papel en la sociedad, aunque de la manera más discreta posible. A esto se refirió el presente texto cuando mostró que “él no juega la partida”. Sin embargo, paralelamente a la obra de teatro *Calígula*, sus decisiones lo conducirán a la muerte por medio de una lógica: es culpable, entonces debe morir.

Este tipo de personajes –desde una óptica de la razón de la tradición– representan una amenaza para todo lo establecido y para la seguridad de los demás hombres. Aunque es importante resaltar el hecho de que son considerados como peligrosos no porque únicamente puedan atentar contra la integridad de sus semejantes –el Emperador mandando matar cientos, sino que miles, de personas por placer mientras que Meursault disparó a un hombre indefenso sólo porque el sol en la playa lo molestaba–, sino porque muestran que “es posible vivir de otro modo, fuera de los convencionalismos”.

Este es el caso de la madre y la hija asesinas en la obra de teatro *El malentendido*. Se han adaptado tan bien a su estilo de vida que representan sin problema alguno los ademanes, los gestos y los actos destinados para asesinar a los huéspedes del hotel que administran. Estos personajes han visto frente a frente al *absurdo* y han elegido.

Es así como es posible entender que ninguno de estos personajes carece de valores. Al contrario, cada uno de ellos los tienen si se entiende por tales un camino previo que ha de guiar su vida. Sin dificultad alguna Calígula reconoce junto con los Patricios que lo más importante es el orden en Roma, incluso más que las vidas, por eso manda matar incluso a sus súbditos; Meursault reconoce que si él ha matado a un hombre, entonces lo justo es que él muera, por eso no grita ni reniega durante su proceso ni durante las horas previas a su ejecución, a pesar de que lo hizo cuando el Capellán lo hizo enojar porque forzosamente deseaba hacer que creyera en ideas más allá de los hombres; mientras que la mujer anciana de *El malentendido* era guiada en sus actos por el recuerdo de su hijo y por la idea del bienestar que tendría una vez que haya vendido las suficientes pertenencias de los muertos que con sus métodos atendió, ir al mar a descansar con su otra hija. Como se aprecia, los valores que tenían todos estos sujetos eran simplemente diferentes a los de los demás si se entiende –se insiste en este punto– como tales el reconocimiento necesario de reglas de vida para conseguir un objetivo: la conservación de Roma a pesar de todo, la impartición de justicia como debe ser y ver el mar junto a su hija. Esto extraña al lector de las obras de Albert Camus porque muestran un camino distinto al de la tradición. Pero, no por ser ajeno a esta última son carentes de elementos que los hagan sólidos.

Precisamente este último punto es que posiblemente haga –más que otro– que la sociedad se sienta amenazada con personajes como los anteriormente

descritos. No son improvisados ni personas con algún problema mental, de lo contrario no podrían idear planes tan seguros.

Se trata únicamente de personas que han reconocido a la existencia como carente de fundamento y que también han reconocido que todos los caminos valen lo mismo. Es importante aclarar que en ningún momento este trabajo que está por terminar justifica los asesinatos o la indiferencia de los hombres ante situaciones que pueden denominarse como tragedias. Sólo se muestran elementos que hacen comprensibles su ejecución pero sin alentar este tipo de comportamiento.

En otras palabras, a través de todas las páginas precedentes se mostraron elementos que demostraron que basta un mal día, una mala contestación o una pequeña incomodidad para tomar decisiones tales como suicidarse o matar a un semejante simplemente porque los actos al fin se sintonizaron –ajustaron– con los pensamientos. Al fin y al cabo se mostró casi desde las primeras páginas que “eso” que dirige a considerar que la vida no vale la pena de vivir en realidad se encuentra en el interior del hombre. Por tales motivos la gente con un alcance económico realmente importante tampoco no se encuentra exenta de suicidarse o de “perder el control” y terminar con la vida de alguien simplemente por recibir un grito o un ademán de grosería, es decir, la tendencia al suicidio y/o a considerar que la vida no vale en realidad la pena de vivirse no guarda una especial relación con la situación específica de los sujetos. Basta ser un hombre para –desde un principio– estar tentado a acabar con la propia vida o con la de los demás. Pero se debe tener cuidado porque nuevamente no se pretende justificar ni fomentar suicidios ni homicidios. Lo que realmente se persigue con la redacción de este texto es mostrar al lector lo frágil de la vida y recomendar un análisis acerca de los valores que rigen al mundo occidental, la propia vida de los hombres, los ademanes y las costumbres que fungen como guía.

Esta es la parte final de este trabajo, mismo que se centró en algunos de los puntos más importantes de la obra de Albert Camus, lo que a su vez permitió emplear en una misma dirección textos filosóficos, literarios y obras de teatro.

Como se habrá dado cuenta el lector, contrario a lo que se pensaría por el empleo de obras diversas en tonos diversos, esto en realidad permitió hacer un mejor trato de los tópicos mostrados anteriormente. Queda únicamente mencionar que la lectura que se hizo de Camus permitió abordar temas que son necesarios retomar en todo momento y que se encuentran relacionados directamente con el desarrollo de la Filosofía, específicamente el correspondiente al valor de la vida, el análisis de la cuestión moral y el fundamento de la existencia.

Como punto final también es importante mencionar que las relaciones humanas basan gran parte de su composición en puntos que paulatinamente se han alejado de la duda y del análisis. De este modo abordarlos y “colocarlos entre paréntesis” para su cuestionamiento representa en realidad también un cuestionamiento hacia Occidente, tal como lo hizo el autor en cuestión, acción que no se agota en un periodo determinado o sólo después de cumplirse ciertos periodos de tiempo, ni mucho menos durante enfrentamientos bélicos o cuando el mundo se encuentra en periodo de reconstrucción, sino durante la cotidianidad, durante la vida diaria de todos y cada uno de los hombres.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, NICOLA, *Introducción al Existencialismo*, F.C.E., México, 1975.
- BOBBIO, NORBERTO, *El existencialismo. Ensayo de interpretación*, F.C.E., México, 1949.
- CAMUS, ALBERT, *Calígula*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1997.
- _____, *El extranjero*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- _____, *El malentendido*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1997.
- _____, *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1957.
- DE LA TORRE, GUILLERMO, *Ultraísmo. Existencialismo y Objetivismo en Literatura*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1968.
- GIRARD, RENÉ, *Literatura, mimesis y antropología*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1997.
- NIEZTSCHÉ, FRIEDRICH, *La gaya ciencia*, Editorial Aguilar, Colombia, 1995.
- PIETRO, CHIODI, *El pensamiento existencialista*, UTEHA, México, 1980.
- PRINI, PIETRO, *Historia del Existencialismo*, Editorial Herder, Barcelona.
- SARTRE, JEAN PAUL, *El existencialismo es un humanismo*, Ediciones del 80, Argentina, 1982.